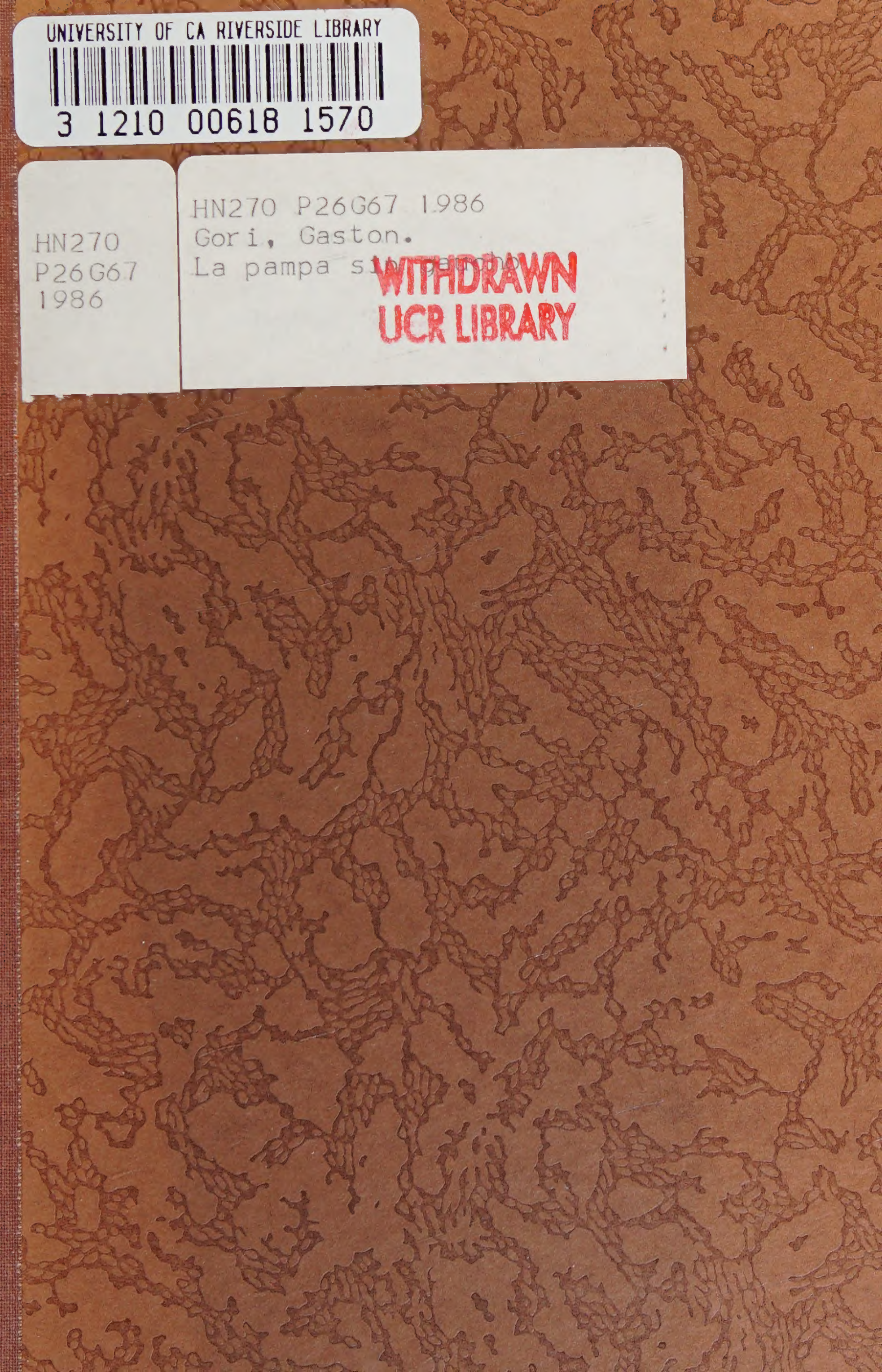
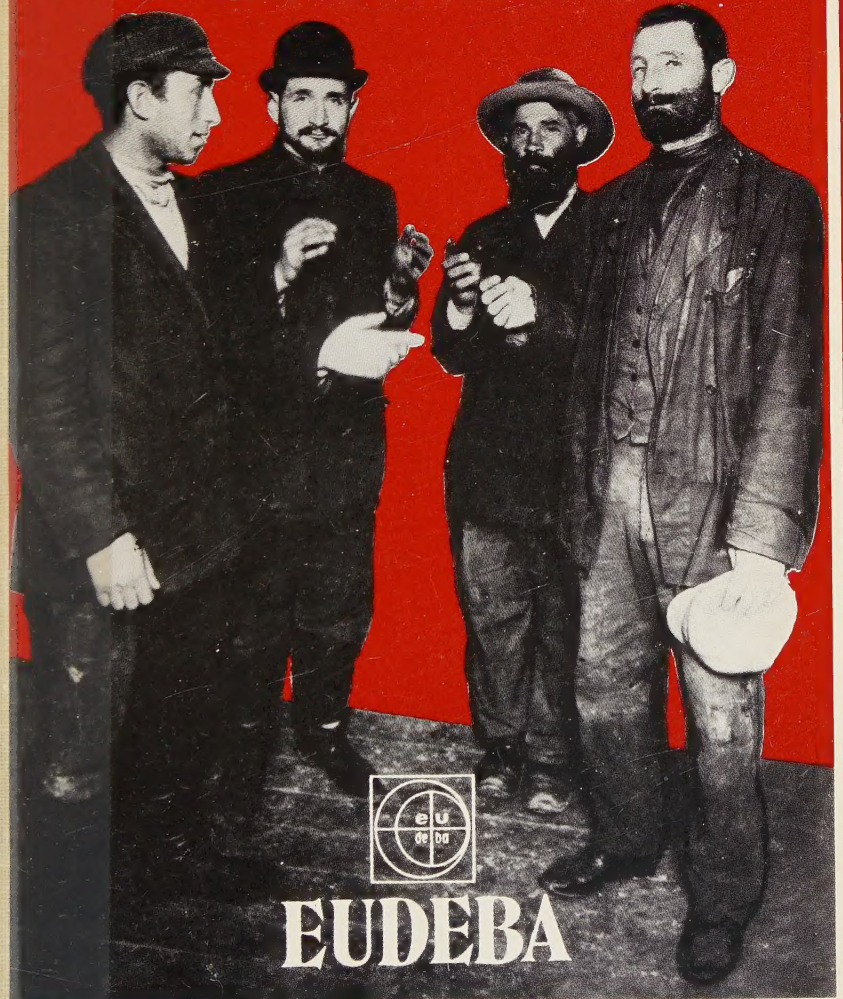




LA PAMPA SIN GAUCHO

Gastón Gori



Gori, Gastón

La pampa sin gaucho / Gastón Gori. — Buenos Aires: EUDEBA, 1986.
104 p. — (Tiempo Nuevo)

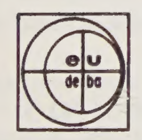
ISBN: 950-23-0262-1

LA PAMPA SIN GAUCHO

LIBROS DEL TIEMPO NUEVO

LA PAMPA SIN GAUCHO

Gastón Gori



EDITORIAL UNIVERSITARIA DE BUENOS AIRES

Foto de tapa:
Archivo General de la Nación



EUDEBA S.E.M.
Fundada por la Universidad de Buenos Aires

EDITORIAL UNIVERSITARIA DE BUENOS AIRES
Sociedad de Economía Mixta
Rivadavia 1571/73
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
ISBN: 950-23-0262-1
IMPRESO EN LA ARGENTINA

I. EL INMIGRANTE EN EL "MARTIN FIERRO" Y EN LA HISTORIA

En la carta a José Zoilo Miguens —diciembre de 1872— dice Hernández: "Me he esforzado, sin presumir haberlo conseguido, en presentar un tipo que personificara el carácter de nuestros gauchos, concentrando el modo de ser, de sentir, de pensar y de expresarse que le es peculiar."[1] Reconoce Pelliza y más tarde Martínez Estrada, que simbolizó Hernández en sus personajes multitud, "de modo que nada son que no sean los demás, nada hacen que no hagan los otros, nada sufren que no sufran todos".[1'] El inmigrante, en el poema, no responde a esta calidad; no conjuga en sus cualidades —en su modo de vivir, en su conducta, etc.— los elementos que exigiría un personaje que representara a toda la masa inmigrada a nuestro país ya en esa época (1872). Quizá sí haya sido para Hernández el personaje de que se valiera para expresar no sólo el concepto del gaucho, sino el suyo propio sobre el *papolitano* y la valoración en general del inmigrante, puesto que desde su lugar de lucha como periodista de una tendencia opuesta a la que dirigían los más eficaces promotores de la población del desierto con extranjeros, escribía, si no abiertamente en contra, con grandes reservas que no obstante, a veces, no reprimen por completo su pensamiento reticente con relación al inmigrante ya llegado, y eleva el tono con expresiones claras cuando enjuicia con sagacidad y patriotis-

1 José Hernández, *El gaucho Martín Fierro*, Carta a Don José Zoilo Miguens, Buenos Aires, 1872.

1' Ezequiel Martínez Estrada, *Muerte y transfiguración de Martín Fierro. Las figuras*, Tomo I, pág. 294, Fondo de Cultura Económica, México, 1948.

mo el sistema de colonización vigente. En sus artículos —hasta la fecha en que aparece el *Martín Fierro*— juzga como hombre de partido sobre un problema nacional; en el poema, el gaucho es el hombre de un sector de su pueblo —el campesino— ante un hecho social —la inmigración— y un tipo nuevo incorporado a la vida del país. Pero queda allí resumido el inmigrante en el napolitano, y resulta un total sin sumandos parciales, pues no era el que representaba en el orden nacional todo el resultado de la política de puertas abiertas a la inmigración. El poema y sus personajes son campesinos e introduce un inmigrante que nada tiene que ver con el que radicaba en el campo y vivía como colono. Es un trasplante de la ciudad cosmopolita y en otro orden era un defecto o un error dentro del movimiento inmigratorio, y con todo, como hombre de escaso valimiento, se lo había devaluado sin discriminación justa, según testimonio de la época. En el mismo año en que aparece el poema, Guillermo Wilken dice: "Está bastante divulgada y generalizada una opinión adversa a la inmigración italiana; pero aparte de que en esto mismo hay ya cierta exageración rutinaria, es preciso no confundir el verdadero colono italiano, sobre todo si es lombardo o piamontés, con los inmigrantes que pululan en nuestras calles, dedicados al tráfico en la más pequeña escala, de los comestibles, utensilios domésticos y frutas, inmigrantes sueltos, sin familia y que por lo general son napolitanos."[2]

Hernández caracterizó en su poema a ese inmigrante desconceptuado tanto en la ciudad como en el campo, siguiendo el criterio popular. No jerarquizó lo representativo, ni surge de su obra que se haya propuesto jerarquizarlo, *pero es de tal vigor su enjuiciamiento que trasciende más allá de la esfera en que se mueven el gringo de la mona y el mercachifle, si se lee el "Martín Fierro" como libro de personajes genéricos*. Allí se le abre una grieta de limitación histórica. El napolitano no era representativo ni por sus cualidades intrínsecas, ni por su eficacia como elemento que integraba la masa de inmigrantes radicados en el campo, ni por su número. Bien lo dice Wilken en el mismo informe: "es rarísimo encontrar en las colonias (que era como decir en el campo) un napolitano, a menos que no vaya con un organito". Y ante lo abarcativo de Martín Fierro, Cruz, Vizcacha, Pi-

[2] Guillermo Wilken, *Las Colonias*, Buenos Aires, 1873, pág. 311. Ed. especial. Número del ejemplar: 4272.

cardía, que se integran como símbolos, históricamente, de la gente campesina, ese napolitano es poco menos que una máscara suelta en su papel deslucido. Era un recurso fácil y a mano para hacer decir a Martín Fierro lo que pensaba en general el criollo de los extranjeros que poblaban el territorio. Pero cuando se comprueba de qué manera desde 1865 hasta 1872 se extendía hacia el desierto una población inmigrada que araba, sembraba y sufría todas las inclemencias de la naturaleza y la astucia de los gobernantes respetuosos de la oligarquía en crecimiento; cuando se penetra en ese medio nuevo creado por los campesinos que roturaron los desiertos, recurriendo al testimonio de viajeros, estadistas, documentos oficiales, particulares, etc., el napolitano de Hernández es una miserable figura que no encuadra exactamente en lo fundamental de la época. No importa que el teatro porteño haya recogido, como otros literatos en cuentos y novelas, esas figuras irrelevantes para caracterizar un aspecto social nacional, porque ninguno de ellos escribía ahondando en una realidad más valiosa para los destinos de la Nación.

El de Hernández, en ese aspecto, era criterio de raíz porteña, circunscripto en el poema a la figura de un napolitano.

*

Lo que no parece haber sorprendido a nadie, y no ha hecho hincapié en ello Hernández para analizarlo por separado, como periodista fogosamente contrario a las levas, es este hecho narrado por Fierro:

Allí un gringo con un órgano
y una mona que bailaba
haciéndonos rair estaba
cuando le tocó el arreo.

Al gringo también le tocó el arreo. Los contemporáneos sabían pues que todo lo malo del sistema de levas para el ejército de frontera, esas arriadas de gente a las que sin causa justa se las condenaba —es la palabra— a formar parte de las milicias reclutadas en forma bárbara, recaía también sobre inmigrantes entretenidos en las pulperías. El napolitano no es un enganchado a sueldo que se incorpora por su voluntad libre. Es un hombre que

sufre la arbitrariedad y prepotencia de los comandantes. *Lo viera cómo lloraba*, dice Fierro. Está en pie de igualdad con él en cuanto a la desgracia que recae sobre su persona cuando lo envían a la frontera.

Fué acoyarao el cantor
con el gringo de la mona.

Y acollarados no de hecho sino en la desventura. De Fierro sabemos todo lo que perdía con esa arriada, todo lo que se destruía en su vida hasta entonces tranquila, pero ignoramos cuáles vínculos de vida civil se rompían para el napolitano ya que, sin duda, no lloraba de alegría... En la arriada de mi flor, tanto el gaucho como el gringo soportan el avasallamiento de su libertad respaldados los comandantes por la facultad que les otorgaba una ley aplicada a su arbitrio.

Con sentido político afinado, no se podría condenar ese sistema en cuanto degradaba y anarquizaba la vida del criollo nomás, sino como sistema con graves errores que *alarmaba a toda la población*. Hasta el inglés "zangiador" *tuvo también que juir a guarecerse en la Sierra.*

Hernández en 1869 censuró como periodista esa práctica nefanda para el campesino y para los intereses superiores del país. Otro político de la oposición, Nicasio Oroño, decía el mismo año: "Estos errores (los del enganche) nos han dado por resultado también que el soldado en vez de considerar al campamento como un hogar, lo mira como la cárcel donde va a purgar un delito que no ha cometido; en vez de abrigar la convicción de que va a prestar un servicio a su patria, sabe de antemano que va a servir de peón de alguna estancia, a trabajar sin paga y sin vestido, y a ser tratado como se trata en el Brasil a los infelices negros por sus crueles y exigentes señores."[3]

Si el mismo Martín Fierro nos cuenta que en las arriadas caían gringos, se hace más evidente la torpeza del procedimiento de los comandantes y la energía de su aplicación, con lo que podría haber creado un motivo de solidaridad entre las víctimas, gaucho e inmigrante, para unir su protesta y proclamar en común la verdad de un estado de cosas padecido por todo el país.

[3] Nicasio Oroño, *Consideraciones sobre fronteras y colonias*, incluido en *Discursos y Escritos*, Buenos Aires, 1920, página 84.

Pero Fierro, como producto de su época, desconocía la fuerza que son capaces de crear los hombres en política, cuando los vinculan intereses comunes, puesto que, asimismo, veremos que su destino de hombre sin tierra de su propiedad se conjuga con el de millares de inmigrantes que no tuvieron más ventajas sobre él que la experiencia de sus propios brazos. Ese desconocimiento es uno de los factores por los cuales subestima al que con él iba acollarado a padecer la vida del cantón.

*

Como en la obra de Hernández el inmigrante es un ser que se desplaza de la ciudad cosmopolita —es napolitano no agricultor ni artesano en el campo—, el repudio del gaucho por su ineptitud para sufrir privaciones y para oficios del agro, no alcanza con justicia a los 16.678 individuos que trabajan en las colonias, en 1872, ni a los millones que entraron con posterioridad, sino sólo al mercachifle y otros desclasados que, en el servicio de las fronteras cumplían una misión cuya trascendencia para el futuro del país escapaba a su total comprensión.

El gaucho, si nos atenemos al juicio de Oroño, "no abrigaba la convicción de que iba a prestar un servicio a la patria" y menos convicción tendría el gringo enganchado en milicias de una nación que no era la suya. A este ser desposeido —casi tan vagabundo como los malentretenidos criollos— que no tiene tierra, que nunca había manejado los instrumentos de trabajo propios del sistema pastoril de producción, que ignora la naturaleza del país donde vino a encallar desde Europa, no lo podríamos tomar como símbolo para enjuiciar en él a los otros inmigrantes, a los que venían llamados para que se cumpliera lo que en la época se llamaba "el gran pensamiento de colonización". La provincia de Buenos Aires no conoció en ese entonces el fervor constructivo en el campo que tuvo como lema "subdivisión de la propiedad". "La enajenación impremeditada de la tierra pública —dice Peyret refiriéndose a esa provincia— en grandes extensiones, la formación de esos dominios inmensos que los romanos llamaban latifundio, ha venido a constituir un estorbo a la población del país, condenando las mejores partes del territorio, las más accesibles, a la esterilidad y la soledad, resultando de esta imprevisión que cuando el gobierno nacional

quiere fundar una colonia, tiene que rescatar a precio de oro un terreno que nada le hubiera costado."[4]

El latifundio en manos de particulares con influencia en el gobierno, militando en partido político que amparaba sus intereses, creó el obstáculo tan conocido en la historia y en la actualidad argentina, frenando el desarrollo total de una política agraria progresista. No vamos a extendernos sobre este punto contra cuyo resultado para el campesino criollo levantó su protesta Martín Fierro, pero que su coetáneo inmigrante, pobre también, soportaba principalmente en la provincia donde Hernández creó su personaje multitudinario. Allí fue posible particularizar en el *papolitano* al extranjero inepto *que en lo delicao parecen hijos de rico*, sin ambición de poseer tierra, sin familia en este país, ocupado en menesteres poco lucrativos en los que la deshonestidad contribuía a acrecer lo poco ganado.

En Santa Fe y Entre Ríos encontramos otros inmigrantes no encuadrados en la apreciación de Fierro, y que, como hombres que fueron elemento de que se valían los gobernantes para crear en el país las bases de nuestra economía agraria, no eran comprendidos por el gaucho cuyo resentimiento al sentirse desplazado en el campo era irreconciliable con el sistema de producción que se extendía con preferencia. El gaucho ignoraba que también los inmigrantes campesinos en su mayoría eran pobres, que no eran dueños de la tierra, sino que debían trabajar para pagarla, con créditos tomados que redituaban interés hasta del 18 %, y que tenían, como desventaja, que aprender a penetrar en los secretos del país, sus costumbres, su aislamiento por el idioma, etcétera.

Como aurora de nueva fe civil se creyó en la fundación de la Colonia Esperanza desde el gobierno de Santa Fe y el de la Confederación. Se afirmaban en ella los cimientos de la agricultura actual y sin embargo léase el testimonio de sus actores, sobre la pobreza de los colonos cuando iniciaron la roturación de las tierras que debían pagar entregando el tercio de la cosecha durante cinco años. "Nos espera —dicen Gabarret y Yanis— una tarea muy difícil de llenar, que es la de reorganizar las familias que desgraciadamente *la mayor parte de ellas se encuentra en un estado de completa amargura. Los padecimientos por que*

[4] Alejo Peyret, *Las colonias de la República Argentina*. Buenos Aires, 1889, Tomo II, página 159.

han pasado, enagriando los ánimos, no han podido sino aumentar dicha confusión y desenvolver pasiones perversas."[5]

Las pasiones perversas a que aluden los administradores de la colonia eran las protestas airadas contra el incumplimiento del contrato de colonización, contra el desamparo a que estaban reducidos, los sentimientos anárquicos que desataron la soledad junto a la frontera —cantón Iriondo—, la falta de ranchos dondė vivir, de animales con que trabajar.[6]

En otra nota, del 20 de junio del mismo año, dicen refiriéndose a los colonos que además de trabajar la tierra desempeñaban cargos en carácter de juez de paz y comisarios: "todos están experimentando necesidades apremiantes".

No está de más decir que como los colonos inmigrantes en Santa Fe y Entre Ríos no recibieron gratis la tierra, muchos no pudieron pagarla, por ineptitud unos, por adversidades circunstanciales otros. Suman miles los inmigrantes que,cuando Martín Fierro cuenta sus desdichas, deambulaban en la pampa argentina en busca de estabilidad o se dispersaban defraudados en sus esperanzas. Eran los inmigrantes que vinieron para arar el desierto y permanecieron en el campo sin lograr todas sus aspiraciones, dando lugar a la formación de un colono sin tierra propia, que trabajaba bajo condiciones regladas por convenios entre particulares. Ese tipo de colono tiene su origen en los primeros años de colonización agraria. El movimiento de colonos que trabajaban para otros fue más intenso de lo que generalmente se supone. De la colonia San Carlos, provincia de Santa Fe, el 69 % de las familias fundadoras no fueron dueñas de la tierra.[7] El contingente de colonos endeudados con las empresas solía verse en la necesidad de trabajar en campos ajenos en diversos puntos del país, cuando sus dueños terratenientes los hacían labrar por inmigrantes recién llegados, sin recursos de capital y dueños sólo de su fuerza de trabajo. Puede pues comprobarse que el arraiga-

5 Nota del 7 de julio de 1857, al gobernador provisorio de la provincia de Santa Fe. Archivo de Gobierno, Tomo 15, año 1857.

6 Notas varias, Archivo de gobierno de la provincia de Santa Fe, Tomos 15 y 16, años 1856-1857.

7 Escribano Público y de Número, Olayo Meyer. Copia legalizada de escrituras públicas que pertenecieron a Beck-Herzog y Cía. 1864.

miento del colono a su tierra, históricamente, es problema que se plantea desde que los primeros trabajos de colonización se realizan. Y por más que en la época se haya teorizado sobre el punto, las leyes por las que se efectuaron convenios de entrega de tierras fiscales no evitaron que se formara una clase agricultora con escasas posibilidades de ser dueña de la tierra que trabajaba. Por eso se registraban ya entonces traslados continuos de familias de una a otra colonia y, en muchos casos, se dirigían a los pueblos o a las ciudades para dedicarse a menesteres ocasionales. En Humboldt, otra colonia de inmigrantes, fundada en 1868, también se registra ese movimiento de colonos en busca de prosperidad sin lograrla porque no dependía de sus experiencias como agricultores sino del régimen seguido para la entrega de las concesiones.

Los inmigrantes que llegaban sin contrato y se dirigían hacia el campo, pertenecían en su mayoría a esa clase campesina sin arraigo en la tierra por no ser de su propiedad ya que estaba en manos de empresarios a los que el gobierno favorecía. Si el gaucho era peón de estancia o puestero, no tenían mayores ventajas sobre ellos los extranjeros que, sin ser siempre peones eran medieros o agricultores endeudados con sociedades colonizadoras que solían quedarse luego con las concesiones y las mejoras introducidas.

Los almacenes de ramos generales que algunos empresarios abrían —Beck-Herzog— no se diferenciaban esencialmente, como comercios donde dejaban las ganancias los colonos, de las pulperías donde el criollo era *desplumado*.

Criollos y gringos sin tierra estaban económicamente en un pie de igualdad, con la ventaja para los inmigrantes de no haber sufrido como los criollos campesinos, la secuela de nuestro régimen político y social, y eran capaces de organizar una economía individual distinta. Nicasio Oroño quizás haya sido el único hombre gobernante de su época que comprendió así el problema. En 1871 escribía: "Pero entre nosotros no debe olvidarse que existe en las campañas una población desgraciada, poco simpática en general para la gente civilizada, y con la cual vamos conduciéndonos como la conquista cristiana con los salvajes, obligados a llevar una vida nómade y hostil, porque no se ha acertado a hacerles partícipes de la propiedad y posesión regular del terreno que les arrebataba la superioridad europea. En nuestro concepto es necesario arreglar las cosas de manera que

el gaucho pobre, padre de familia, y que el inmigrante extranjero deseoso de establecerse en estos países, trayendo del suyo limitados o ningunos recursos pecuniarios, encuentren acomodo, a la vez que una propiedad en que puedan levantar techos y plantar árboles, cuyos abrigos sean suyos y constituyan la herencia de sus hijos."[8]

Éste era el problema grave y fundamental: dar tierra al criollo y al inmigrante, en tranquilo disfrute de su propiedad. Oroño en 1866,siendo gobernador de Santa Fe, promulgó la ley del 28 de junio, de la que era autor, en cuyo artículo 12 establecía: "Las familias del país que quieran establecerse en las colonias (que se fundaban por esa ley) o sus inmediaciones, gozarán de iguales beneficios que se acuerdan a las familias extranjeras". La realidad de su aplicación fue ésta: no demostraron interés familias criollas por aprovechar sus beneficios. Cualesquiera que hayan sido las razones histórico-sociales que determinaron una modalidad especial en el hombre de campo argentino que no los inclinaba al cultivo de la tierra según el pensamiento político y económico de la época, su alejamiento y conchabo en las estancias era lo más frecuente, permaneciendo así en su condición de asalariado, como millares de inmigrantes a quienes no se les dio oportunidad de ser propietarios sin el sacrificio de pagar bien la tierra. A los hijos de esos inmigrantes tampoco se les resolvió el problema, y por ser argentinos según nuestro sistema del jus soli, *polítamente debieron ser considerados por los campesinos de antigua cepa criolla como ciudadanos de una causa común*. Este pensamiento era imposible que se diera en el gaucho, pero tampoco lo realizaron quienes deseaban mejorar la vida de los campesinos.

Cuando se otorgaban grandes extensiones de tierra a extranjeros o criollos eran ellos acaudalados con influencia en el gobierno; no los que iban a trabajarla con el arado sino los que harían trabajar a otros en su provecho o especularían con ellas. Los extranjeros y criollos dueños de grandes estancias simpatizaban en los clubes, en las esferas diplomáticas, en las fiestas, en política. Los extranjeros y criollos dueños de grandes estancias no se consideraban rivales. ¿Por qué pues debían considerarse como rivales los extranjeros y criollos sin tierra?

[8] Nicasio Oroño, *Escritos y Discursos*, Buenos Aires, 1920, página 37, donde se incluye "La verdadera organización del país", 1971.

Como Martín Fierro no conocía más que inmigrantes desclasados, improductivos —el mercachifle es un comerciante dudoso— y los vio actuar en la frontera donde se necesitaba un coraje y capacidad de trabajo distinto de aquel indispensable para cultivar el desierto sin ser propietarios —San Carlos, San José, Helvecia, Grutly, Eloísa, etc.— dijo:

No hacen más que dar trabajo
pues no saben ni ensillar—
no sirven para carnear;
y yo he visto muchas veces,
que ni volteadas las reses,
se les querían arrimar.

En doce o trece estrofas del poema subestima al inmigrante por su ineptitud, por su avaricia. Un enemigo de la política institucional de Sarmiento, Oroño, ve de manera distinta al inmigrante, porque tiene más profundidad su concepción de la vida futura del país. "La colonia de Santa Catalina —dice— y su empresario el señor Robertson quedaron arruinados y faltos de recursos y perjudicados por nuestros disturbios políticos, se dispersaron en su mayor parte entre las jurisdicciones de Quilmes, Cañuelas, San Vicente y Ranchos. Sin embargo, *dispersos y pobres*, estos colonos fueron los primeros que nos enseñaron la manera de amansar las vacas, extraerles la leche y venderla limpia y medida; la fabricación de exquisita manteca, y el queso de excelente calidad. Con ellos se han formado las primeras chacras modelos que tenemos en el país, *y sobre todo, a esos desgraciados colonos* debemos principalmente los criaderos de ganado lanar que hoy figuran tanto en nuestra riqueza."[9]

Oroño y Hernández, a pesar de lo que se aproximan como defensores del pueblo, concebían de manera distinta la solución de los problemas del agro. "En nuestra época —escribía Hernández— un país cuya riqueza tenga por base la ganadería, como la provincia de Buenos Aires y las demás del litoral argentino y oriental, puede, no obstante, ser tan respetable y tan civilizado como el que es rico por la agricultura o el que lo es por sus abundantes minas o por la perfección de sus fábricas.

[9] Nicasio Oroño, *La verdadera organización del país*, 1871. *Escritos y Discursos*, Buenos Aires, 1920, página 31.

"La ganadería puede constituir la principal y más abundante fuente de riqueza de una nación."[10]

Para Oroño: "El pueblo que no saca de la tierra su principal riqueza removiéndola con el arado y fecundándola con el sudor de su frente, no es nada o poca cosa. El *lazo* embrutece, y el arado civiliza."[11]

Esa civilización distinta de la pastoril que se llevaba hasta los confines del desierto, no fue siempre comprendida ni aceptada por el gaucho que juzgaba al inmigrante desde su punto de vista de pastor.

Gringada que ni siquiera
se sabe atracar a un pingo.

Pues no saben ni ensillar,
no sirven ni pa carniar.

No hay uno solo que aprienda
al ver un bulto que cruza,
a saber si es avestruza
o si es jinete, o hacienda.

Hernández creyó que "los ecos —de su obra— sólo pueden escucharse, sentirse y comprenderse en las llanuras que se extienden a las márgenes del Plata".[12] Sin duda, cuando esto escribió, tuvo presente que su Martín Fierro era hombre que habitaba esa circunscripción geográfica, producto de ese medio y de su historia. No obstante se elevó a categoría nacional a su personaje, en el sentido de que la pampa personifica a la Argentina y es sede de nuestra nacionalidad.[13] Con ello, cuando juzga Martín Fierro al inmigrante, el concepto abarca una extensión que rebasa la región donde él tuvo conocimiento de cómo era la gringada. Pero en el norte y centro de Santa Fe, y en Entre Ríos y Corrientes, el concepto de Martín Fierro carece de validez por

[10] Carta de Hernández a los editores de la octava edición, incluida en la 11ª, julio de 1878, cita de página XXXI, primera columna.

[11] Nicasio Oroño, ibídem, página 11.

[12] Carta, ibídem.

[13] Emilio Coni, *El Gaucho*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1945.

lo fundamentalmente distinta que fue la calidad y actividad de los inmigrantes: el mercachifle y el del órgano son irrelevantes: no cuentan en la formación de ese nuevo tipo argentino de hoy en el campo. En cambio los antecedentes de los que colonizaron estas tierras están a la altura del gaucho cuando tienen que formar sus propias milicias para combatir en las fronteras, con el agregado de que, depuestas momentáneamente las armas, empuñaban el arado y sembraban campos arrebatados al salvaje con ánimo de permanecer en ellos. Recurro con frecuencia al testimonio de un hombre insospechado de enemigo del gaucho: Nicasio Oroño. En sus *Consideraciones sobre fronteras y colonias*, dice: "A los colonos y no a la fuerza militar establecida en la frontera norte de aquella provincia (Santa Fe) se debe la ocupación del desierto. Las colonias California y la Helvecia están situadas donde hace cuatro años tenían su residencia las tribus del desierto. La primera de estas colonias, compuestas de norteamericanos, está fuera de la línea de frontera."*

Esto ocurría en 1875 y Wilken anotó en 1872 en su informe: "Las primeras familias colonizadoras de Helvecia fueron de Esperanza y tuvieron que luchar muchas veces con los salvajes, que les arrebataban sus haciendas."[14] Allí había en aquel entonces 800 inmigrantes de 125 familias, rodeados de monte sus ranchos; y si no sabían distinguir un avestruz de un bulto —que por lo demás con esa sagacidad y otras por el estilo no se construye una nación moderna—, manejaban 240 arados, 103 rastras de dientes, 12 máquinas de segar y con sus productos hacían ingresar al fisco 1.280 pesos fuertes anuales en concepto de patentes e impuestos. Este aspecto del crecimiento y poder económico del país, con la colaboración del inmigrante, no pudo comprenderlo Fierro observando la vida cicatera de un *papolitano*. Hombre de pampa de adentro, tampoco sabría que en 1857 la navegación de los ríos se hacía exclusivamente por italia-

* En el año 1872, el general Manuel Obligado informaba al Ministerio de Guerra: "Al norte del arroyo del Rey existe la colonia 'Osorio' poblada por más de trescientos colonos italianos que trabajan en el corte de madera y en la labranza de tierra. Esta colonia parece perdida entre los inmensos bosques que la circundan y está rodeada por las tribus de indios Montaraces y Tobas y los colonos viven con el arma al brazo dispuestos a rechazar todo ataque."

[14] Guillermo Wilken, ibídem, página 127.

nos: eran los que cargaban la cal en la ciudad de Paraná, las naranjas en Santa Fe, la yerba en el Paraguay; transportaban las mercancías nacionales y extranjeras y se los reconocía como los mejores pilotos, no sólo del Río de la Plata, sino del Paraná, del Uruguay y de los afluentes de esos ríos.[15] Esto era aceptado a un año del establecimiento de los impuestos diferenciales por la Confederación. Cuando se agitaba y hacía crisis un grave problema nacional, la libre navegación de los ríos, quienes los navegaban en sus barcos eran hermanos de esos hombres que "sólo eran güenos para vivir entre maricas" en la frontera, arriados con tanta arbitrariedad como la sufrida por la población campesina criolla.

Martín Fierro insiste sobre la incapacidad del inmigrante para soportar el sufrimiento. La Argentina que vivimos hoy como resultado de esa fundición ciclópea de razas en el crisol de la pampa, la montaña, la selva y la ciudad, no reconoce a ese tipo de inmigrante como el sustractum humano cuya virtualidad nos alcanza... Otros inmigrantes fueron los que contribuyeron a cimentar la nueva Argentina que Hernández quería: *(Debe el gaucho tener casa, escuela, iglesia y derechos)*: fueron aquellos sufridos y hasta heroicos que semejante o igual a los que Peyret dirigió en la colina San José de Entre Ríos, llegaron desamparados y poblaron, a pesar de todo, el desierto a fuerza de tesón apenas comprendido por los estancieros y criollos que los rodeaban: superando dramas en la desolación de los parajes y el vuelco desorganizador de sus vidas. En San José,cuando llegaron,"unos ganaron el galpón donde se depositaba la cal; otros se introdujeron en el horno donde se elaboraba; otros improvisaron abrigos debajo de los árboles tupidísimos, felizmente, con ramas y yerbas; otros formaron carpas con sábanas, amontonando baúles y cajones, unos sobre otros; en fin, se arreglaron del mejor modo que pudieron en la selva de espinillos, ñandubays, quebrachillos y talas que cubrían entonces la barranca..."[16]

Estos cuadros dramáticos se repiten con pocas variantes a todo lo largo y ancho del litoral argentino, y cuando uno penetra

[15] Lina Beck Bernard, *Cinco años en la Confederación Argentina*. Traducción de José Luis Busaniche, Buenos Aires, 1935, páginas 79-80.

[16] Alejo Peyret, *Las colonias de la República Argentina*. Buenos Aires, 1889, página 8, Tomo I.

en la historia de la colonización del Chaco sale de ella con la impresión de sangre y muerte de inmigrantes y criollos.

La defensa de las fronteras y su avance en el desierto, en regiones del país alejadas de la provincia de Buenos Aires, no fue hecha exclusivamente por los gauchos. En Santa Fe, los colonos de Esperanza debieron establecerse en la margen derecha del Paraná, pero los abipones bajaban del norte por el Salado y se cambió la ubicación de la colonia; San Carlos fue contrapeso de colonada opuesta al peligro de los indios del Sauce donde se reclutaba elemento para todos los motines. Esto lo sabía bien Oroño quien valoró la importancia de las colonias de inmigrantes para defender las fronteras. "Conviene observar, dice en el libro citado, que la inmigración forma la base principal de nuestro proyecto y que este elemento combinado con el ejército dará resultado de inmensa importancia para el país, resolviendo definitivamente la fastidiosa cuestión de indios y fronteras." La defensa de la frontera por parte de inmigrantes no siempre obedecía a la libre disposición colectiva de los colonos como actos de defensa. Donde el peligro era más grave no sólo para ellos, sino para las poblaciones ubicadas dentro de la frontera, el gobierno de Santa Fe decretó la obligación del colono de prestar ese servicio. En 1866, 21 de abril, dispuso: "artículo 1°. Los colonos establecidos en la colonia Helvecia están obligados a hacer el servicio de vigilantes en la misma colonia, en la forma que lo determine el teniente juez de ella." [17]

En Grutly y Felicia el indio asesinaba colonos y era perseguido y muerto a tiros de fusil por los agricultores. En esta parte del territorio argentino ganado al salvaje tanto por la acción de las milicias nacionales como por los campesinos inmigrantes, cualquier gaucho pudo exclamar:

Beso esta tierra bendita
que ya no pisa el salvaje.

¿Nada de esta vida campesina de nuevo tipo, que ya contaba con dieciséis años de desarrollo, pudo ser vislumbrada por el gaucho, en el poema? Martín Fierro es *el gaucho*, integrado su drama por el de Cruz, Vizcacha, Picardía, etc., es pueblo criollo

[17] Registro oficial, año 1866. Provincia de Santa Fe.

de campaña víctima del régimen, es parte desdichada de la nación; el gringo en el poema, es *un gringo* o *dos gringos*. La masa de inmigrantes en el campo, aradora y sufrida, parece no haberla conocido Martín Fierro.

II. RANCHOS EN LOS TRIGALES

Las primeras colonias fueron avanzadas de arados y fusiles en las regiones naturales del indio o del gaucho. San José, en Entre Ríos, se estableció rodeada por estancias en tierras de las enormes extensiones que poseía Urquiza; los otros campos colonizados en esa provincia, eran desierto. En Santa Fe las tierras fiscales comenzaban a pocas leguas de la ciudad, en ellas se fundó Esperanza cerca del Salado. Gessler escribía en 1864, que los campos ubicados a no muchas horas de caballo al norte de ella "no podían ser aprovechados sin peligros de fracasar ni para colonia ni para nada porque quedaban en medio del desierto, sin el amparo de la línea de fronteras"[1] , aunque sábese que por allí íbase antes camino hacia Córdoba, entonces abandonado, y que sólo quedaba del antiguo tráfico, la "Tapera de doña Rosa Maciel" en llanura desértica donde se fundarían Humboldt, Grutly, Rivadavia, etcétera.

Los pastizales de la pampa bajaban desde las estribaciones del Chaco, hacia el sur; hacia arriba todo el salvajismo indígena se entretejía en el cañamazo inmenso de selva apenas interrumpida por campos sin árboles. Buscando el Paraná, se veía el mismo desierto de montes y tierras vírgenes limpias o con pajonales, donde otros grupos de inmigrantes llevarían en carretas y en carros, bártulos y herramientas de labor agrícola. En esas tierras de casi cien leguas cuadradas entre ambas provincias, la población criolla era, por su número, insignificante. Al desierto se

[1] Rodolfo Gessler, apoderado de Beck-Herzog y Cía. Nota agregada al expediente iniciado por él solicitando en moderada composición terrenos lindantes con la colonia San Carlos, 1864. Copia legalizada en 1873, archivo del autor.

entraba saliendo de las inmediaciones de las ciudades interiores. Cuando llegaban inmigrantes para colonizar, lo común era que se hallaran en medio de la pampa sin refugio donde vivir o con los pocos ranchos que les construyeran y que debían pagar con el total del contrato. Los esperábamos así en estas regiones cuando se inició el movimiento colonizador de la pampa: sin techos o con las construcciones de barro que nuestros campesinos pastores e indios sabían construir con la armonía y el equilibrio impuesto por su rusticidad. Sabían los contratados, antes de salir de Europa, que vivirían "dans une habitation appelée rancho".[2]

En ranchos vivieron todos los que arribaron a colonias. En Esperanza la comisión encargada de los trabajos preparatorios decía en 1855: "es de parecer, en vista del poco tiempo con que contamos y para más facilidad de conseguir cuanto se precisa en un solo local, que los ranchos sean unos de estanteo y otros de adobe de soga cubiertos de paja embarrada".[3] Se delinearon las concesiones con la vigilancia de soldados y claváronse los primeros troncos para construir en típico estilo gaucho, las habitaciones para los inmigrantes y no para todos. Carretas iban y venían del Cantón de Reyes trayendo o buscando "la madera y demás que se puede precisar, arcones, postes, tijeras, cumbreras, costaneros, paja de canutillo, totora y espartillo; tierra para adobe". De la región del norte indígena bajaban a la pampa despejada los materiales conducidos por gente del país. "Se precisa un número de cincuenta personas, más o menos para emplearlas en el corte de madera, acarreo... construcción... bueyes, caballos y yeguas. Teniendo presente la grande dificultad que hay en obtenerse brazos para cualquier obra y con especialidad en las cercanías de los indios de los contornos en el mayor número posible."[4] Dos años después aún había ranchos sin terminar y es tradición que algunos colonos vivieron en chozas improvisadas o en carretas.[5]

[2] Texto impreso de los contratos de colonización que se firmaban en Basilea, Pignerole, Zurich, Valais, etc., en 1857.

[3, 4 y 5] Nota de Ricardo Foster al oficial segundo de gobierno, Genaro Lassaga. Santa Fe, 1° de setiembre de 1855, archivo de gobierno. Tomo 14, año 1855.

Genaro de Yanis, Esperanza, 11 de enero de 1857. Nota al Ministro General de Gobierno. Archivo de Gobierno, Tomo 16, año 1857. Al

No se improvisó menos en la colonia San José en materia de habitación. Allí no se recibió a los inmigrantes con ranchos, aunque estuvieran sin techar algunos. Los mismos colonos los construyeron y sin duda intervenía peonada de la estancia de Urquiza para levantar los definitivos en cada concesión. "Los colonos llegaron ayer a este punto —San José—. Están todos construyendo sus ranchitos para los primeros días."[6]

El encargado de la calera era un viejo vasco que tuvo que abandonar el rancho de quincha en que vivía para las mujeres embarazadas que iban a salir de cuidado, dice Peyret en su libro. En San Carlos, provincia de Santa Fe, Enrique Vollenweider anotó en la segunda página del libro diario —a dos años de fundada la colonia— el 13 de febrero de 1860: "Se envía parte de los peones a cortar paja para los ranchos destinados a las familias" è innumerables referencias por el estilo se encuentran en todos los documentos, cartas, informes, rendiciones de cuenta, etcétera.

Hasta 1872 —por dar una fecha— las colonias vivían sus momentos iniciales. Separadas a mucha distancia unas de otras, los inmigrantes están entregados a sus labores. Olvidadas momentáneamente las líneas tradicionales en la arquitectura de sus países de Europa, adoptaron para su habitación la sencillez y rusticidad del rancho, así se tratara de alemanes, suizos, franceses o italianos; así fueran unos más cultos o imaginativos que otros, así poseyeran o no recursos. El rancho es la vivienda provisional, la más elemental y barata; la que les permitiría ensayar en su nueva vida, y de la que se desprenderían sin pena al fracasar, y es también el primer ensayo en el ejercicio de costumbres del país. El rancho es de la misma tierra que ha de sustentar al colono; de la tierra virgen que ara y siembra y que, destinada a una necesidad también fundamental para su vida, modelada, trabajada —con paja y troncos de árboles regionales—, lo prote-

---

mes siguiente informa que se construyeron "200 ranchos, cada uno en un cuadrilongo de 20 varas cuadradas, pero de ellos faltan techar unos 12. Los colonos que poseen éstos, se conformaron con recibirlos en el estado en el que están con más 7 pesos 4 reales cada uno, para concluirlos, lo que importa lo mismo que gastaría el gobierno si mandase cortar la paja".

[6] Carta de Sourigues a Urquiza, 2 de julio de 1857. Cita de Manuel Macchi en *Urquiza colonizador*, Buenos Aires, 1949, página 48.

ge de la naturaleza, le sirve para reunir las fuerzas de la familia, hasta que lo desligue de él la prosperidad. Pero mientras tanto, mientras nada posee el campesino, el rancho es su haber primero, su punto de arranque en la conquista de fortuna. Rústico y elemental, no ha de aferrarse a él. En todas las colonias los ranchos se destacaban sobre los trigales y maizales con la transitoriedad de la propia manera de vivir de los campesinos, pues aún no podían ellos saber hasta cuándo durarían sus esfuerzos y cuál sería el destino más seguro. Nada era verdaderamente firme, ni la convicción de salir adelante en la empresa, ni la esperanza de que el sembrado cuajara en frutos. Los rodeaba lo silvestre avasallador no domeñado aún y los amenazaba una naturaleza sorprendente, que con más fortuna —hasta entonces— alimentaba la voracidad de las langostas, descargaba granizo, quemaba con heladas y sequías, desmejoraba con el avance de malezas. Inestables los inmigrantes —por ese comprensible fenómeno moral en el que recién llega—, el aparato de su cultura europea se desmoronaba para rehacerse transformado, cuando el tiempo sosegara a los hombres arraigados ya en el suelo argentino.

Mientras tanto, y en el aprendizaje de la tierra, era el rancho su habitación más completa. La que reunía todo cuanto satisfacía su situación casi transitoria, porque siendo tan sólo construcción de tierra, allí mismo donde lo deseaba podía levantarlo en pocos días y allí mismo donde lo emplazara podría dejarlo caer con la despreocupación de quien ve disgregarse un terrón enorme, cuando lo abandona para orientar de otra manera su vida dejando campos ajenos. El desierto les impuso la condición de construir ranchos así como la inestabilidad de sus vidas les impuso la búsqueda de horizontes más firmes. El rancho fue —en ese período— para los colonos inmigrantes una etapa, la primera; y la primera forma de conquista que sobre ellos ejerció una costumbre del país. No pudieron evitarla, ni procuraron eludirla mientras fueron gentes desarraigadas. Desaparece ese tipo de vivienda cuando vencen los escollos más gruesos; cuando cosechan bien y venden con ganancia; cuando ven cerca la propiedad de la tierra o cuando son dueños, poseen y van concluyendo las últimas contradicciones en sus destinos de hombres que no sabían bien durante cuántos años seguirían en la lucha. Los ranchos entonces, cuando ya no cupieron dudas, cuando engranaron en la sociabilidad de las colonias como campesinos,

fueron desapareciendo: ladrillos y cal vinieron aparejados con el dominio sobre la tierra y la definitiva renuncia a otra vida que no fuera la ya afirmada en las colonias.

Dice Carlos Beck después de informar sobre la mala calidad de la cosecha: "En el mejoramiento de sus viviendas y de sus hogares se encuentran con atraso los colonos, precisamente por los factores mencionados, lo que no deja de ser una lástima, pues tenían propósito de reformar sus viviendas con material cocido."[7]

La proximidad del momento en que serían dueños de concesiones, fue la que determinó el deseo de construir con ladrillos y se podrían computar las casa así edificadas en las colonias con el número de inmigrantes o criollos propietarios. Las "casas de material" venían cuando se alejaba definitivamente de la pampa la preocupación por el indio, pero compelidos por el sistema de estancias —que rodearon a las colonias valorizándose—, los peones gauchos o gringos continuaban en el desierto viviendo en lo que, con inexplicable orgullo, algunos dicen que es tradición nacional: el rancho de los pobres...

[7] Carlos Beck, director y fundador de la colonia San Carlos. Informe a Basilea, 30 de junio de 1863. Borradores originales.

III. ÁRBOLES EN LA PAMPA

Viajeros y escritores argentinos dejaron testimonios innumerables de lo que era la pampa desértica y,cuando se refieren a la flora, en la inmensidad de la llanura cobra sugerencia extraordinaria un panorama cuya monotonía impresionaba aún a fines del siglo pasado. Los Robertson decían en 1838 que cuando abandonaron Escocia creían haber dejado atrás el país de los cardos pero hallaron que los de su tierra natal, comparados con los cardales de las pampas,eran unos pocos dispersos liliputienses. De posta en posta se abría una callejuela entre gigantescos cardales que acercaban a ambos lados tan completamente como si se cabalgase entre dos muros de quince pies de altura. El ganado encontraba sombra en los cardales y se perdía con frecuencia durante días en ellos; daban refugio a los bandoleros y al llegar a su completo desarrollo eran sus sitios preferidos. En muchos casos ocultaban la posta hasta aproximarse a la tranquera.[1] En otras regiones, yuyos fuertes, duraznillos y en el mejor de los casos gramíneas, no agregaban mayor atractivo panorámico a los campos que muchas veces por su inmensidad fueron comparados con el mar. Citaremos de preferencia a hombres que en alguna forma estuvieron vinculados a la colonización y que vieron la pampa e ilustraron sobre ella de distinto modo que Sarmiento, por ejemplo, con su fuerza natural y finalidad política o que Echeverría,con sentido realista y a la vez estético. Un geógrafo y estadígrafo, Martín de Moussy, escribió en 1860: "Pero las pampas propiamente dichas comprenden sobre

[1] J. P. y G. P. Robertson, *La Argentina en la época de la Revolución*. Trad. y prólogo de Carlos Aldao. *La Cultura Argentina*, Buenos Aires, 1920, página 188, referencia a la provincia de Buenos Aires.

todo las llanuras cubiertas de hierbas de las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba y San Luis, llanuras donde muy raramente un árbol que otro interrumpe la uniformidad. Estas praderas tapizadas de gramíneas comienzan al sur del río Salado y de la laguna 'Los porongos'; se extienden entre el Paraná y los primeros relieves de las sierras de Córdoba y se despliegan hasta los desiertos apenas conocidos de la Patagonia. En esa llanura sin fin y que semeja la mar, ningún otro objeto se divisa más que un raro ombú que se eleva en la vecindad de alguna estancia y más raramente aun un pequeño bosque achaparrado de chañar, árbol espinoso del suelo argentino."[2] No varía el cuadro trazado por otros escritores, sino en pequeños detalles. Emilio Daireaux vería la pampa en función de su riqueza, como Zeballos en *La región del trigo*, como Peyret, Heusser, etc. Su carácter pronunciado lo daba geográficamente su inmensidad y la ausencia de árboles que denunciaba el desarraigamiento o la transitoriedad de la vida del hombre en ella.

"El pobre gaucho vivía en su rancho de paja, no plantaba ni un árbol, ni cultivaba la tierra, no se vinculaba a su poblacioncita, porque si había necesidad de soldados el alcalde lo llevaría en el contingente del partido. ¿Qué podía exigirse del pobre paisano, del criollo condenado a ser siervo del alcalde, del juez de paz, del comandante? A veces, montaba en sus caballos y ganaba el desierto con odio a aquellos que le hacían imposible la vida de familia y el trabajo honesto... En esas campañas (de Buenos Aires) no había arboledas, sino rarísimas agrupaciones de paraísos, de álamos y algunas quintas de árboles frutales en estancias ricas", dice Víctor Gálvez en *Memorias de un viejo*.

No era distinta la parte que abarcaba la pampa desértica en el resto del país aunque,en el centro de la provincia de Santa Fe y noreste de Córdoba, la formación subchaqueña creaba grupos aislados de montes, pero sin uniformidad en su desarrollo apareciendo en las llanuras como manchones irregulares y poco importantes. Las tierras producían para el pastoreo de los animales y a pesar de ser propiedad particular muchas leguas de campo, sólo estaban habitadas en pocas estancias que lindaban con tierras fiscales o limitaban entre sí en forma a menudo imprecisa. Hubo estancieros que se jactaban de que en sus tierras no hu-

[2] Martín de Moussy, *Description géographique et estatistique de la Confédération Argentine*. París, 1860, Tomo I, página 241.

biese entrado nunca un gringo, así *como otro de origen extranjero* mantuvo sin arar una parte privilegiada de sus leguas de tierra, haciendo de ello punto de apreciación personal... Estancieros de uno y otro origen contribuyeron a mantener la pampa deshabitada para cultivar sólo ganado que es también una forma de no vincular campesinos a las propias tierras. Y cuando algún puestero vivió en ellas, como dice Quesada y como se ve aún hoy, no tuvo interés en la plantación de árboles en sitios que abandonaría más o menos pronto por circunstancias que creaban su desamparo. En tierras fiscales no se podía esperar sino mucho menos, aun en aquellas que habiendo pertenecido a particulares pasaron a dominio del estado: de la estancia del Bridgadier General López, no quedaba en 1855 más que la tapera de doña Rosa Maciel y,más al norte, "Los siete árboles" eran punto de referencia... Por el sur de Santa Fe ya se cruzaba por lo característico de la pampa: pastizales abajo y cielo arriba a través de centenares de leguas. Su realidad en el país fue —con mayor fuerza en el siglo XIX— problema estético, social, económico y político hasta nuclear,en la sabida fórmula de Alberdi, un programa de gobierno expresado rotundamente. Por cierto que el estadista de las *Bases* no excluía las regiones montañosas, ni las selvas del Chaco, pero sin duda en su pensamiento estuvo presente con potencia definidora el desierto pampeano "poblado por excepción".

Cuando ya se habían levantado los cimientos de las primeras colonias y estaban en marcha los arados, afirmaba Oroño por contrastar con la vida nómade del pastor: "No hay civilización verdadera sino a la sombra de los árboles plantados *por la mano del hombre* (subrayaba él) que dan frutos y madera, bajo cuya protección crece la familia."[3]

Y no es indispensable citar a Sarmiento —civilizador por antonomasia— para configurar un aspecto de esa época constructora en que la subdivisión de la tierra y su cultivo venía aparejada con una campaña activa en favor de la forestación útil. Urquiza era un apasionado del árbol y un propulsor de su cultivo; lo fueron todos los que vieron en la colonización del país no sólo el cambio de su economía fundamental, sino también de las condiciones que debían modificar la vida en la pampa.

[3] Nicasio Oroño, *Escritos y discursos*, pág. 11. Ed. "La Facultad", Bs. As., 1920.

En la Confederación ya podía comprobarse en 1858 cómo en las chacras aradas se formaban montes de frutales y cómo más tarde, en las tierras divididas, hileras de sauces y paraísos definían límites por falta de alambrados en las concesiones. Los árboles del hombre laborioso se plantaron al mismo tiempo que empezaron a cultivarse los campos y con más apasionamiento en las tierras que los colonos poseían en propiedad. La civilización a que aludía Oroño era posible allí donde el campesino no fuera golondrina de paso. Civilización llevada al desierto era organización de la tierra dividida y el tranquilo trabajo en la propiedad del campesino. El árbol plantado por la mano del hombre es civilización campesina cuando se planta no para que se mejoren los campos de quienes sin trabajarlos disfrutan de la renta, sino para quienes deben servir al país sin zozobra derivada de su inestabilidad sobre la tierra que cultivan. Porque desde otro punto de vista, no tienen diferencia en sus resultados la acción arbitraria del comandante de campaña que impedía al gaucho progresar en su trabajo honesto y la acción de la justicia que expulsa del campo en nombre de la ley a familias pobres de economía ahogada por el arrendamiento. Creo, valorando los antecedentes de su pensamiento, que para Oroño, civilización era propiedad de la tierra para quien la trabaja, única forma en que tan afirmativamente podía decir que a la sombra de los árboles plantados por la mano del hombre hay civilización verdadera.

En 1858, Peyret informaba a Urquiza: "He distribuido ya a los colonos. 1.400 plantas que se mandaron de San José, entre álamos, paraísos y moreras y estoy esperando treinta mil carozos y otras plantas que vendrán muy pronto."[4]

El inmigrante era un activo plantador de árboles en su colonia, lo que venía a contrastar en ese aspecto con la indiferencia del habitante indígena, indiferencia sobre cuyo origen no es necesario insistir, puesto que está comprendida en el drama general del gaucho, prototipo humano de la pampa que padeció su transformación en campos labrados y arbolados sin orientarse su vida en el sentido de la mudanza que se operaba.

Los apuntes sobre la plantación de árboles por los colonizadores tienen la sobria eficacia de las cifras y de los detalles del

[4] Manuel Macchi, *Urquiza colonizador*, Buenos Aires, 1949, página 120.

trabajo. Las colonias más productivas de Santa Fe estaban emplazadas en llanuras despejadas. Carlos Beck escribía en 1859: "En efecto, se creía que los montes ocupados por el terreno del señor [ilegible] y los que están en el terreno de don Patricio Cullen y de Sañudo, estaban en la concesión (20 leguas), lo que es todo lo contrario, y saben bien todos que en nuestro terreno no hay ni un solo árbol y que somos tributarios a nuestros vecinos por la leña necesaria a la Colonia."[5]

Mientras tanto los colonos roturaron tierras vírgenes en esas veinte leguas cuadradas sin contar las de otras colonias y Entre Ríos, donde ya los primeros árboles cambiaban la fisonomía de la región. En 1861, Vollenweider apuntaba: "Julio 4, Se plantaron árboles de naranja... Agosto 12, Se transplantan árboles de paraíso de los almácigos. Se siembran carozos de duraznos."[6] Y Carlos Beck informaba en 1863: "Fueron hechas con provecho plantaciones de árboles, sobre todo durazneros, por colonos emprendedores y no tardarán en obtener beneficios."[7]

A través de treinta y cuatro colonias en todo el litoral argentino hasta 1872, Perkins, Wilken, Carrasco, etc., vieron cómo árboles frutales y de sombra se erguían en la pampa roturada donde la vista ya no podría sólo encontrarse con algún raro ombú. Y a tal punto se daba importancia a las plantaciones que las cifras se consignaban como datos estadísticos en cuadros demostrativos de progreso. Dos aspectos pueden deslindarse en la actividad forestal de los colonos y en ambos la trascendencia alcanza a nuestros días. Uno era el relacionado con los frutales y otro con el de los árboles de sombra. El primero tenía por finalidad inmediata coadyuvar al desenvolvimiento de la economía individual y aunque el segundo también concurría a ella al proporcionar leña, obedecía por sobre todo al propósito de deslindar las concesiones en una época en que eran escasos los alambra-

[5] Carlos Beck. Nota a Don Carlos B. Seguí, Ministro General de la provincia de Santa Fe, 12 de setiembre de 1859. Legalizada en copia del expediente en la época. Archivo del autor.

[6] Enrique Vollenweider, *Libro diario de la colonia San Carlos*, 1860-1864. Original en alemán, traducido al castellano, por Enrique P. Denner, publicado por G. Gori en "Diario del colonizador Enrique Vollenweider", ed. Extensión Universitaria, S. Fe, 1958.

[7] Carlos Beck. Informe del 30 de junio de 1863. Borrador. Archivo del autor.

dos por falta del material que comenzó a importarse en forma intensiva en 1879. Y se utilizó en Santa Fe con preferencia el paraíso. Hileras de paraisales en torno a los campos fueron los divisores de las propiedades siguiendo la línea de los caminos trazados entre ellas. El paraíso resultó así, el árbol de los campos labrados, por ello nuestra sensibilidad recibe su sugerencia de paz y de trabajo. Si por aceptación clásica el ombú es de la pampa gaucha, el paraíso es por excelencia el árbol del campesino agricultor. Su rápida difusión en la llanura tornó pintoresco lo desolado y como su fecundidad es extraordinaria, muchos viveros en las esquinas de los campos permanecieron desarrollándose hasta formar montes: refugio para descanso de los animales y lugar de esparcimiento en los días de fiestas campesinas. Los árboles se multiplicaron y el hombre afincado bajo su sombra inició, en la pampa antes desértica, el nuevo período en la vida social del campo argentino, que si no podríamos, abarcando todo el territorio de la república, darle el alto calificativo de Oroño, estamos sí maduros para dar el paso definitivo llevando hacia las regiones agrícolas muchas de las ventajas que las ciudades proporcionan al hombre.

Ya no podemos afirmar como Peyret en 1889: "Quiere decir que hay hijos del país y extranjeros. Para distinguirlos, basta ver dónde se encuentran árboles al lado de las habitaciones; los que los tienen son inmigrantes, los que no los tienen, son indígenas."[8] La llanura está arbolada; viven en ella los argentinos entregados al trabajo de la tierra y al interés por los problemas de la política agraria. Doble vigilancia que es parte fundamental del futuro del campesino en la vida nacional.

[8] Alejo Peyret, *Las colonias de la R. Argentina*, Tomo I, página 44, Bs. As., 1889.

IV. EL CREPÚSCULO DEL CABALLO

No es indispensable que nos detengamos a considerar la importancia que tuvo el caballo en la vida del criollo campesino. No existe una sola obra dedicada al estudio de las costumbres en la pampa durante el siglo pasado que no hable del tema. Creo que fue Sarmiento quien le llamó, a la nuestra, la democracia del jinete, resumiendo así todas las actividades del hombre, en su vida civil, política y guerrera en torno al uso del caballo. La bibliografía argentina ha agotado el tema, y en la actualidad el dominio de los conocimientos sobre el caballo es, más que popular, una cuestión de eruditos... La permanencia del tema puede ser considerada casi como índice de crepúsculo vespertino en la literatura del presente, puesto que el caballo ha perdido su antigua significación social. Ha pasado la época del caballo así como la del hombre que tuvo su arquetipo en Martín Fierro.

Induce sin duda a desconcierto el criollismo que aspira a fundar por sí mismo una teoría del hombre argentino y que deja al margen los elementos vivos, vigorosos, de raíz distinta, cuya influencia tiene en algunos aspectos caracteres definidores. Las costumbres en el campo tienen hoy otro espíritu que si no se exterioriza de manera robusta, está pronto a asimilar todas las nuevas formas de vida social, de producción y de cultura, que se manifiestan en la calle ciudadana y en el campo con intensidad creciente.

Cuando ya en 1857 el colono demostró preocupación preferente por los bueyes y las vacas, comenzó a ponerse el sol en una época que llenó la presencia de tropillas en la pampa. El inmigrante no comprendió nunca toda la profundidad del menosprecio criollo por su ignorancia en materia de caballos: si montaba yegua, no pensaba en otra cosa que en la necesidad de

trasladarse sobre ella más rápidamente que yendo en carro o de a pie. No sintió la dignidad de montar caballos. El caballo, para él, fue más que nada un auxiliar del trabajo, ineludible en algunas faenas pero que podía sustituirlo por un medio mejor cuando ello era indispensable, sin pena ni gloria. Las tareas del inmigrante colonizador le exigieron elementos de más fortaleza y de menor elegancia. El buey resumió mejor su propio tesón de hombre del arado.

El gaucho trabajaba siempre de a caballo —vivía de a caballo— pero el campesino agricultor iba de a pie detrás del arado, empuñando la mancera con sus dedos endurecidos, con los músculos tensos de los brazos, menos elegantes en los movimientos, entorpecidos en el empeño de dominar la tierra. No tuvo el orgullo de poseer el mejor caballo —el más ligero a la par que resistente—, sino el más fuerte. Por eso, su entusiasmo en las carreras era un sentimiento adventicio, no así su ardor por las cinchadas. Ningún cronista de la época —Peyret, Carrasco o Wilken— cuando habla sobre la vida de los nuevos pobladores del campo, se detiene a considerar en sus costumbres la importancia de ese animal cuya importancia en América revolucionó modalidades del indio y fue el complemento fundamental del gaucho. Es que en las colonias la idea del caballo había perdido fuerza, estaba dentro de la órbita del trabajo, al alcance de la mano, y se tenía preferencia por algunos de ellos tal como hoy se prefiere un coche de 150 HP de líneas aerodinámicas...

William Mac Cann tiene una suerte de admiración por la vida del criollo con relación al caballo —y cito uno sólo de los viajeros ingleses—. Alejo Peyret pareciera ignorar su presencia en las colonias. Otros afanes dominaban el espíritu de los hombres agricultores que él visitó; se había conmovido la estructura espiritual con tradición hispánica, a la par de las transformaciones en la producción y en la economía de las familias. El caballo pierde una parte de su valor y en las estadísticas alzan puntos de importancia los bueyes, que deben uncirse con preferencia para arrastrar arados.

El inmigrante no se preocupó por poseer tropillas para cruzar el desierto. Era un hombre de arraigo más o menos inmediato, y el hecho de tener que cuidar el sembrado y cosechar afirmaba sus características de sedentario. Su vida y su labor quedaban circunscriptas entre los límites de un campo alambrado, dentro del cual cada uno de los animales le restaba superficie a las se-

menteras, de aquí que en varias colonias se delimitara en torno un campo de pastos que eran comunes. Tuvo el colono los caballos que utilizaba para el transporte y tareas agrarias y algún otro para los viajes a la villa. No entendió el lujo de un parejero, si es que hemos de desdeñar excepciones, ni la suprema elegancia que consistió en lucir un potosí en los arreos... Galopar en la pampa abierta fue para el inmigrante una aventura casi desconocida y si el gaucho se dolió de los alambrados, el gringo los reclamaba como una forma de asegurar su derecho de propiedad sabiendo hasta dónde podían llegar las pretensiones ajenas. La llanura abierta fue la enemiga de los sembrados y motivo posible de confusiones en la órbita donde se mueven las facultades respaldadas por la ley. Cuando los agrimensores comienzan a tener importancia arbitral, y tras ellos los cercos evidencian hasta dónde alcanza un dominio, el ocaso del ganado cimarrón viene aparejado con el de ese tipo de hombre que, a veces, vivía a sus expensas. En nuestra literatura histórica pareciera que el caballo fue para el criollo el vehículo hacia el desierto; en cambio, puede comprobarse que cuando el campesino inmigrante sale de su campo, es para ir hacia el poblado, villa o ciudad, donde comercia y, en general, donde van a conjurarse todos los intereses de la sociedad civilizada. El caballo, para el hombre que se interna en la pampa, seguiría siendo punto fundamental de sus cuidados; para el campesino que iba hacia la ciudad, significará mucho menos. Luego, apenas pasen unos años de establecidos los inmigrantes comprenderán que es más ventajoso viajar en carros y aunque se provean de laderos están muy lejos de comprender hasta qué punto el celo por la formación de una tropilla hizo del criollo un viajero excepcional. El inmigrante amó más la tierra que el caballo; la tierra como productora de cereales y la importancia que atribuyó con justicia al buey, se la restó al noble bruto... Luego vendrían los años de reparación de este error. Pero mientras la pampa fue virgen, los "bueyes de labor" tuvieron la preeminencia en el arado y las estadísticas revelan que donde el desarrollo de la agricultura no tuvo mayores obstáculos, su número es superior o casi igual al de los caballos. En Helvecia, San Javier, California, etc., colonias que se establecieron en regiones boscosas donde aún las seguridades para vivir eran precarias, los caballos son más numerosos, si es que no se incluyen las lecheras entre los vacunos destinados al trabajo de la tierra. El buey representaba un índice en la actividad en las

colonias de modo que quien poseyera más era, sin duda, el que más producía, y si no, ¿qué pensamiento tuvo Wilken sobre este punto cuando refiriéndose a San José, dijo: "Entre tanto es agradable ver entre 5420 animales, 1322 bueyes, lo que corresponde a más del 25 % destinados a la agricultura." Lo "agradable" no era un aumento fortuito de bueyes sino lo que ellos significaban en la actividad creadora de los campesinos. Dice el mismo Wilken escribiendo sobre "Candelaria": "El mayor número de animales es el de los bueyes; lo que arguye mucho en pro del principal ramo a que se dedican los colonos —agricultura—. Donde hay muchos bueyes a pesar de ser un reciente establecimiento, es porque se cultiva o se prepara a cultivar mucho". Y anotó allí 657 bueyes y 224 caballos.

La proporción es similar en toda la pampa cultivada por los inmigrantes. El nuevo campesino reemplazó por la boyada, en sus preferencias, a las tropillas que fueron la preocupación central del criollo en materia de animales, y el caballo, en un momento histórico dado, pierde su clara significación en las costumbres anteriores del país. En ciertas colonias no sólo deja de ser un motivo especial de atención, sino que la reproducción en general de ganado decayó por la preeminencia de los intereses concentrados en agricultura. Dice Carlos Beck en su informe del año 1863: "En algunas familias no han tenido aumentos, pero son pocas, por negligencia de las mismas que no son adictas a la cría de ganado."[1]

No ocurría esto en todas las colonias, ni era ésa la orientación de todas las familias con respecto al ganado que, en definitiva, fue un poderoso auxiliar de sus economías y fundamento de industrias domésticas que coadyuvaron al desarrollo de la agricultura: Beck agrega "la misma reproducción los alienta y los sostiene para seguir adelante con los trabajos de la siembra". Pero era la reproducción del vacuno, ovino y porcino, que por sus proyecciones en el comercio de las zonas, favorecían la capacidad adquisitiva de los colonos cuando poco se esperaba de las cosechas para salir adelante y afrontar luego el pago de las concesiones con los intereses acumulados. A la pequeña industria derivada del vacuno y porcino, se agregaban los cultivos menores como medio de obtener más recursos. En la estructura económica de los individuos entraban cálculos ajenos a la eficacia

[1] Informe de Carlos Beck a Basilea, 1863, copia manuscrita.

del caballo. El espíritu de los campesinos se orientaba en un sentido que lo apartaba cada vez más de las tareas pastoriles y el animal que fue imprescindible y que integró la vida íntima del criollo, desempeñó un papel menor restándole el inmigrante, a pesar de utilizarlo, jerarquía de animal de la llanura. El más diestro jinete entre los campesinos colonizadores, no pasaría de ser un hombre hábil absolutamente incomparable con el gaucho por lo que trasuntara de adventicio... Y calcúlese hasta qué punto esta realidad influiría en la transformación del concepto sobre el caballo en miles de hombres extranjeros que poblaban la pampa. Para el gaucho fue una parte fundamental de su vida, para el inmigrante campesino, un animal que ataba al carro, al arado o que hacía correr dentro de la empalizada para que machacara las espigas. Para el inmigrante, fue un instrumento y todo cuanto significara una estimación singular por él le venía por gravitación enérgica de las costumbres del país. Pero sin duda debió existir alguna razón que explique la importancia adquirida por el buey en la vida campesina. Hay que desdeñar desde ya todo pensamiento que induzca a suponer en el inmigrante absoluta incomprensión del animal que tanto significaba en la historia de América. La razón surge clara si se la busca no en plano abstracto sino en la realidad del trabajo campesino.

El arado de mancera da la clave para ver explicado este punto. El colono estaba obligado a empuñarlo y presionar la reja para que se mantuviese hundida, el hombre lo dirigía a pulso sobre la tierra virgen, y para que esto fuera posible, para que no sufriera desviaciones pronunciadas ni se zafara del surco, el animal que lo arrastrara debía ser lento, parejo en el tiro, sosegado en el esfuerzo y además no debía requerir que se lo gobernara con riendas puesto que ambas manos del campesino se aferraban a la mancera. El buey reunía estas cualidades; seguía por sí mismo el surco sin inmutarse y la parejura de su paso libraba al hombre y a su herramienta, de toda brusca arrancada que hiciese imposible mantener hundida la única reja del arado. El buey era el animal de ese momento casi primigenio del arado. Se amoldaba la pacífica lentitud del uno a la rústica simplicidad del otro. Cuando grandes extensiones del territorio argentino comenzaron a ser roturadas, ambos elementos —buey y arado de mancera— ensombrecieron un tanto la importancia del caballo y ya no iba a recuperar todo su antiguo prestigio por más que se conservara aureolado por la sugestión que emergía del

fondo mismo de la historia americana. Los millares de bueyes gravitaron en la arquitectura espiritual del nuevo campesino y cuando vino la otra etapa, la de los sucesivos inventos de máquinas agrícolas, en su ánimo había trazada una huella profunda y las modalidades en el trabajo comenzaron a perder "en poesía" para ganar "en afanes desprovistos de emoción".[2]

Con los arados de dos y más rejas accionadas a palancas y con asiento para el hombre, quedaron libres las manos y no fue ya problema la profundidad uniforme de los surcos, mantenida a despecho de cualquier brusco envión de los caballos, que entonces retornaron para desplazar al buey. Su ligereza se acomodaba ahora a la concepción de un más rápido método logrado en el triple tajo simultáneo del arado en la tierra que ya fuera removida en días de mayor penuria. El caballo cinchó a su vez, pero su antiguo señorío de animal de la llanura pareciera haber sufrido el menoscabo del yugo. Algo irreversible había abierto una brecha en la integridad de su concepto. Para llevar cosechas fue atado a los carros y también para transportar hombres. Ser jinete no era absolutamente indispensable para el campesino que con más comodidad se hacía llevar en carruaje antes que soportar galope prolongado.

La agricultura hizo que se concibieran valores de orden distinto en la vida campesina y se generalizaran entre toda la población por más que en estancias se mantuviesen con vigor las antiguas modalidades del criollo. En las estancias tuvieron y tienen aún su reducto las manifestaciones —ya deformadas— de las tradiciones camperas, alentadas por sus dueños que —sin proponérselo— hacen del culto al caballo y a ciertas formas de vida, un medio para conservar entre sus puesteros, medieros o arrendatarios, una manera de concebir el espíritu nacional que los aleja de las concepciones más avanzadas en cuanto a las teorías sobre la subdivisión de la tierra y los métodos de trabajo.

Debería investigarse bien si los que a fines del siglo XIX y

[2] Otras razones explican también la preferencia del inmigrante por los bueyes y entre ellas el menor valor pecuniario, que hacía posible adquirirlos con más facilidad; su mayor resistencia a las enfermedades y sobre todo que su empleo en las tareas agrícolas no impedía venderlos luego para el consumo, de modo que el gasto de la manutención venía a quedar doblemente compensado. Agréguese a esto la escasez de arneses para caballos y la baratura de los que se utilizaban para los bueyes: bastaba un tronco para el yugo y una cadena para tirar el arado.

principios del XX hicieron del gaucho una figura irreal —según la doctrina que sostiene Emilio Coni—, no son los mismos que en otro plano fomentaban la permanencia de los modos pastoriles de producción que permiten no resolver de inmediato el problema de las grandes estancias en manos de una oligarquía. En otras palabras: si no son los mismos que coadyuvaron en política para que la tierra no se subdividiera, mientras por otro lado exaltaban la figura de ese hombre de a caballo que odiaba a la pampa alambrada, arada.

La agricultura a partir de 1860, creó exigencias y condiciones que hicieron posible la profunda transformación de la vida hasta entonces tradicional en el campo. Los ferrocarriles adelantaron el ocaso del caballo y lo rematarán los tractores y los aviones. Dice Ebelot en 1890: "Desde que se han construido ferrocarriles el gaucho ha tenido que dejar de vez en cuando, de viajar a caballo. En estas peregrinaciones, no se separa del recado, por las dudas. Bien enrollado, atado fuertemente con la cincha y el cinchón, hace por añadidura las veces de valijita. Sus ropas están en el centro, junto con el freno. Carga orgullosamente con él en las estaciones mientras llega el momento de ser cargado con él."[3]

Para ese hombre argentino que viajaba en ferrocarril, llevar el recado fue una medida de precaución, más tarde sería una molestia... El recado en un vagón junto a su dueño que dejara el caballo quién sabe en qué potrero, era símbolo de una época que agonizaba y de otra que ya se había levantado más allá de su aurora.

[3] Alfredo Ebelot, *La Pampa*, páginas 72-73. Edición Alfer y Vays. Buenos Aires, 1943.

V. CARRETAS Y CARROS

En 1855 Ricardo Foster solicitaba del gobierno seis carretas para realizar los trabajos preliminares de la colonia Esperanza [1] y con ese mismo tipo de carruaje se transportaron colonos hacia las tierras destinadas a la agricultura. Dos años después, será un vehículo que comenzará a sufrir las consecuencias de la transformación en la vida del campo. Carruaje del desierto y de las travesías prolongadas, entra en la declinación a que están condenadas las más típicas costumbres al parcelarse los campos, al cultivárselos, al crearse condiciones que exigen otros medios para transportar gente y productos.

José Luis Busaniche dice que —en 1880— "acusábase ligeramente de *bárbaro* a todo lo auténtico y enraizado en la tierra vernácula". [2] Mucho antes ya se había extendido en una gran parte del pueblo argentino esta ligereza en la valoración de lo autóctono porque en pleno período de construcciones materiales, toda defensa de las formas de un presente de imposible paralelo con los adelantos del siglo pudo ser sospechada de retrógrada. No estaba, por lo demás, en la posibilidad de los hombres dirigentes ni del pueblo evitar la destrucción de las maneras tradicionales de vivir, cuya evolución escapa al poder de los que gobiernan ya que está determinada por factores del conjunto social.

Reaccionar en el siglo pasado contra la inmigración y la colo-

[1] Nota al oficial segundo de gobierno, señor Genaro Lassaga. 1° de setiembre de 1855. Archivo de Gobierno. Tomo 14. Notas varias. Santa Fe.

[2] Nota preliminar en *Memorias de un viejo*, de Víctor Gálvez (José V. Quesada), Edición Solar, Buenos Aires, 1942, página X. Subrayado en el texto.

nización por lo que destruiría de lo tradicional en el país, significaba poco menos que ocurrírsele hoy a alguien oponerse a que se establezcan líneas de servicios aéreos con redes profusas en cada provincia en nombre de una cultura propia... Las típicas costumbres creadas en torno al transporte con carretas estaban en plena vigencia cuando llegaron y se establecieron inmigrantes en la campaña. En documentos de las más importantes empresas, en sus comienzos, encuéntranse referencias múltiples vinculadas al uso de ellas. En 1857 manifiesta Vicente Montero a Carlos Ugarteche, encargado del establecimiento mercantil de Urquiza, que había dispuesto de las carretas para enviar provisiones por haber llegado ya los colonos.[3]

Carretas aguardaron en el Paso Santo Tomé a los inmigrantes que en 1859 llegaron para San Carlos. Pero dos años antes ya los colonos, que traían de Europa conceptos distintos sobre transporte, de mayor eficacia, habían construido los primeros carros campesinos. Calixto Brillard, un hombre humilde del pueblo, solicitó en 1857 al gobierno de Santa Fe permiso para instalarse en el Río Salado con una chata para cruzar "los carruajes de los referidos colonos". Eran carros de pequeña caja, de dos ruedas macizas, y posiblemente con eje de quebracho o ñandubay. En febrero de 1860 en el diario de la colonia San Carlos, anotó Vollenweider: "Cinco carros van a Maciel en busca de víveres." De modo que el desarrollo de una forma distinta de transporte se inicia apenas comienza a poblarse el campo y a ararse por inmigrantes y aunque el uso de carretas se prolonga aún por muchos años, su desaparición en las zonas cultivadas es rápida. La vida social de los campesinos agricultores tiene por escenario la reducida distancia de algunas leguas, y la brevedad del trayecto que deben recorrer para llegar a poblados y a concesiones vecinas hace más practicable el abandono de tan pesado armatoste ya que el suelo mismo no ofrece, por la construcción de caminos, los inconvenientes de barriales que sólo la elevación de los ejes de las carretas hacía posible atravesar. El comercio activo y el transporte de cereales impusieron también la modalidad de los viajes más rápidos, sin necesidad de recurrir a galeras o diligencia en todos los casos. Ya no era el desierto lo que debía atravesarse para llegar de una villa a otra villa, ni el peligro de ataques de indios exigía la prevención de ir con productos en ca-

[3] Manuel Macchi, ob. citada, página 48.

ravanas para hacer más eficaz la defensa. La construcción de carros fue favorecida por todas las nuevas circunstancias, con la ventaja de que entre los colonos vinieron hombres de profesiones diversas. Herreros y carpinteros levantaron sus galpones en medio de las chacras y poseían elementos para construir carruajes y máquinas agrícolas según sus experiencias europeas. A lo típico de la carreta criolla siguió lo típico de carros creados por los campesinos. Dice Carlos Beck en su libro sobre la Confederación, 1865: "Uno ve circular allí jinetes de todo sexo y edad, así como los carros de aldeanos, al estilo suizo, son caballos enganchados por el collar."[4] Y Vicente Quesada, en *Memorias de un viejo*, dirá: "He vuelto muchos años después para encontrar a aquella ciudad [Santa Fe] en el camino del movimiento comercial activo. Las colonias vecinas le han inoculado nueva sangre, y en sus calles se ven carretas y carros de la formas características a la nacionalidad originaria de cada agrupación de colonos."

Esos elementos bastarían para determinar el origen tradicional de los carros en los campos labrados, cuyo empleo se extendió por el país como una forma avanzada de suplir carruajes de legendario uso, pero menos eficaces para un agricultor. La carreta fue el vehículo del desierto, el carro, de los campos subdivididos, y algunos de ellos sólo se destinaban a los trabajos de acarreo dentro de un mismo terreno en época de cortes y trilla de cereales. El antiguo procedimiento criollo para llevar las gavillas de trigo desde donde eran cortadas, consistía en arrastrar un cuero de vaca acondicionado para ese empleo, por medio de caballos. No desdeñaron esta costumbre algunos colonos[5] pero cuando la prosperidad permitió que algunos carros especiales de honda caja, permacieran fuera de uso de año en año, arrinconados en los galpones hasta la nueva cosecha, el hombre campesino se proveyó de ellos y liquidó definitivamente el procedimiento cuya rusticidad armonizaba con la escasa dimensión de los sembrados y con la pobreza que era característica del criollo agricultor.

A los carros se adaptaron todas las conquistas de la técnica de herreros y carpinteros hasta lograr las suspensiones a resortes de acero y líneas más o menos elegantes. El hombre que se ser-

[4] Cita del P. Grenon en *La Ciudad de Esperanza*, Córdoba, 1947, página 80.

[5] A. Peyret. Obra citada. Tomo II, página 168.

vía de ellos no formó sus conocimientos de las tradiciones campesinas, en ese orden, como formáronlo aquellos guiadores y peones de carretas que atravesaban la pampa y las regiones montañosas para llegar atropados a las ciudades o estancias. No conoció tampoco por experiencia propia esa tácita organización de la caravana con el jefe respetado más que por serlo, por su hombría impuesta a veces a punta de facón, de que han dejado constancia algunos cronistas. Todo ello no formó parte de la vida del colono inmigrante.

Si la carreta fue vehículo adecuado a la defensa armada contra el indio en años de peligros, el carro es de una época más pacífica y su utilidad no trasciende más allá de lo que han menester las faenas agrícolas, y el traslado por tierras sin ataques de malones. Todas las sugerencias del carro concurren a precisar elementos de un nuevo tipo de vida que se sobrepuso a otra y a abonar el concepto que ha de integrar la apreciación total del hombre que hoy, sin carecer, por supuesto, de tradiciones aborígenes, conserva otras que vienen desde los campos labrados por inmigrantes.

VI. LAS HERRAMIENTAS Y LOS TRABAJOS

No obstante la diversidad de sus ocupaciones, el campesino criollo del siglo XIX ha pasado al conocimiento popular como hombre esencialmente pastor. Lo era en verdad si nos ceñimos a las cifras desproporcionadas que suman por un lado los cuidadores de hacienda y por otro los cultivadores del suelo. Las tareas pastoriles sobrepujaron a toda otra labor campesina y la vida del criollo tuvo, en torno al caballo y el vacuno, los elementos fundamentales para configurar los caracteres de su cultura. Sus costumbres fueron pastoriles y guerreras por determinación de circunstancias históricas, y cualquiera que fuesen sus otras ocupaciones, para el concepto tradicional, las dos primeras características se impusieron sobre todo otro análisis de las inclinaciones del campesino del siglo pasado, si se excluye su afición a la música, hacia la que estaba predispuesto con natural espontaneidad.

En un poema que recopila Juan Draghi Lucero en su *Cancionero cuyano*, pareciera que la poesía popular iba a recoger otras preferencias del criollo pues comienza así:

Sé manejar el arado
y tirar una semilla
y al tiempo de la trilla
cosecho lo que he sembrado...

Pero todo el resto del poema en los 26 versos siguientes, forman un canto a su habilidad de pastor, hasta concluir en "¡Soy baquiano y rumbiador!". La enfática afirmación final remata el autoelogio a las virtudes de hombre experto en los trabajos de a caballo, esquilador, talabartero, etc., de modo que aquello de

“manejar el arado” pareciera una tímida confesión, sobre la que no vuelve a insistir, por ocasional y secundaria. En el orden general del país la agricultura ocupaba ese mismo grado secundario y es proverbial la resistencia del gaucho a trabajar la tierra, sentimiento de aversión que aún existe en algunas zonas entre descendientes de mestizos indoespañoles. El manejo de los implementos agrícolas no quedó, en el siglo pasado, reflejado en literatura como elemento primordial, consecuencia lógica derivada de una realidad de estructura económica pecuaria, creada y aprovechada por poseedores de grandes extensiones de tierra. Éstos gravitaron en la economía social, generalizado entre el pueblo el empleo de la fuerza de trabajo en beneficio de los terratenientes. Cuando Martín Fierro cuenta su vida anterior a sus desgracias, narra la de los criollos en las estancias como época de ventura y entretenimientos. Desde el verso *Yo he conocido esta tierra*, número 133 del poema, hasta el 252, la conformidad con la vida en tierra ajena no deja resquicio por donde asomar deseo de ser propietario y explotar por sí mismo su hacienda o su tierra. No pareciera pues que el poseerla hubiera sido motivo de sus luchas, ni se vislumbra su rebeldía por ser un hombre cuya habilidad como pastor pudo crearle más derechos que los de simple dependencia, si nos atenemos a esas constancias del poema que se toma con tanta frecuencia para hablar de lo argentino:

El gaucho más infeliz
tenía tropilla de un pelo

como quien dice: parte fundamental de sus herramientas, y entre lo que se enumera del bagaje característico del campesino criollo están ausentes las herramientas del hombre agricultor. La pampa y los recursos peculiares que de ella se extraían impuso una modalidad secular que iba a sufrir las más recias transformaciones con la incorporación de los inmigrantes como agricultores. Cualquier campesino criollo en mayor o menor grado configuraba ese tipo dominador de los secretos del trabajo pastoril y se desenvolvía con integridad que armonizaba en las costumbres tradicionales. Era un buen conocedor de los secretos de su tarea y estaba en posesión de los medios expresivos, su lenguaje, para llevarla a cabo, comentarla, y hasta fantasearla con soltura, si-

tuación de que nos dan prueba muchos autores incorporados al conocimiento del pueblo.

Cuando comienza a penetrar en la pampa el aluvión inmigratorio, la ruptura de esa uniformidad —tomada como síntesis— se inicia desde los más diferentes aspectos. Los inmigrantes que se dedican a la agricultura no eran todos campesinos en sus países de origen y comprobamos que en la llanura entrerriana —tierra tan cara de gauchos— en 1861 son introducidos con destino a las colonias ¡20 relojeros! Ésa es la profesión que consta en los documentos que cita Manuel Macchi, ¡y vaya uno a saber cómo se las arreglaron para trocar pinzas y engranajes por arados y bueyes! Abundan albañiles, sastres, herreros, etc., en todos los grupos que llegan al país para trabajar en las colonias, y como no era posible que aplicaran de preferencia sus conocimientos para vivir puesto que aún las poblaciones no se habían formado como para exigir artesanos y a cada familia de inmigrante se le adjudicaba una concesión de tierra, puede suponerse hasta qué punto la inexperiencia en las tareas campesinas provocó situaciones fundamentalmente nuevas en el campo. No existe una sola colonia fundada íntegramente por agricultores. Esto puede comprobarse en los contratos de colonización suscriptos con las empresas.

Un hombre severo, Guillermo Wilken, dice en la página 276 de su informe: "Diminuto es el número de los que entre nuestros colonos puede llamarse un agricultor de profesión antes de llegar al país; y muchos de los que hoy dedican sus esfuerzos e inteligencia a esta noble industria no conocieron al principio ni siquiera el modo de manejar la pala y servirse de la azada, cuanto menos el arado; de este hecho resulta que el modo de cultivar la tierra a pesar de la perfección de los instrumentos con que se inician, es rudo, atrasado y primitivo."

En el panorama general del campo argentino la presencia y el trabajo de esta gente obra en sentido de ruptura de ciertos equilibrios y de creaciones nuevas. Hasta entonces el campesino criollo se valía de sus lazos, boleadoras, cuchillo, tropillas, como elementos imprescindibles en sus labores, y raramente algún labrador indígena —sin que le faltaran las mismas herramientas— cuidaría de sus máquinas sencillas para arar y cosechar. La nueva etapa que se inicia con la colonia Esperanza tendrá como característica, en cuanto a útiles de trabajo, la introducción en gran escala de maquinarias para la agricultura. En colonias de

todo el territorio pudieron censarse número elevado de desterronadoras, arados, segadoras, desgranadoras, cortadoras, carretillas, sin que faltara después de 1870 alguna máquina para trillar con personal idóneo. En el cuadro estadístico que inserta Wilken en su obra, figuran solamente para 34 colonias 4.134 arados, 2.796 rastras, 693 desterronadoras, 348 aventadoras, 16 máquinas de trillar, 2.166 carros. El fenómeno de transformación del trabajo en el campo vino aparejado con una distinta apreciación de los valores económicos y políticos. La situación del nuevo campesino con respecto a la propiedad de la tierra cambió el panorama institucional en la pampa y porque no todos sino una minoría de los primeros colonos fue dueña de la tierra, ya ningún campesino podría describir como feliz su trabajo, en tanto mantuviese su calidad de dependiente de patrones, puesto que el progreso individual estaba condicionado también al hecho de ser o no propietario de una concesión por lo menos. Tampoco todos los colonos fundadores trabajaron con sus propias herramientas y el cuadro general es éste: cada colono poseía una concesión que debía pagar entregando parte de la cosecha durante cinco años, y además la tierra quedaba como garantía de la deuda contraída por adelanto de dinero para el viaje, manutención por el término de un año y valor de las herramientas, que se devolvían en caso de imposibilidad de pago. De modo que a la tierra había que adquirirla con el producto del trabajo, lo cual, unido a las cruentas dificultades y a los intereses del 18 % anual sobre lo adelantado en efectivo y en mercaderías, explica que desde los primeros años de colonización ya se haya formado una clase de campesino inmigrante sin tierra.

Esto ocurría durante la primera etapa de la colonización; luego, las concesiones se compraban a pesos bolivianos quedando gravadas en hipoteca o con pacto de retroventa... Con estos elementos vinculados al empleo de herramientas distintas exigidas por un tipo de explotación también distinto del ganadero; con el conocimiento de la nueva gente que trabajaba en el campo y las vinculaciones legales fundamentalmente diversas de las que reglaban la vida de los campesinos criollos, puede apreciarse la existencia de una realidad nacional que se aparta de la que ha pasado al concepto popular como típicamente argentina.

VII. LAS MÁQUINAS AVANZAN

Aunque el argentino no era exclusivamente pastor, su característica fundamental era una resultante de esa actividad en el campo. Desde luego, la técnica de trillar no se desconocía antes de que se fundaran las primeras colonias agrícolas, y más, los colonos trillaban de la misma manera que los criollos, utilizando a la caballada. Si tuviésemos que describir la escena de una trilla efectuada por los campesinos inmigrantes, por lo menos hasta 1870 concordaríamos cabalmente con el cuadro trazado por Sarmiento en 1847 referido al trabajo de los criollos en ese aspecto: "La trilla de los cereales se ejecuta por medio de caballada del modo más animado y pintoresco. En un extremo del terreno en que el trigo está en gavillas se construye con estacas altas un parapeto circular, en cuyo centro se amontona todo el trigo de la cosecha. Cuando la trilla comienza, se baja una parte del trigo al espacio que media entre el parapeto y el montón central. Entonces se hace penetrar una recua [sic] de caballos y yeguas que a veces no bajan de doscientas, y haciéndolas circular en torno del montón, estimulándolas con gritos y latigazos, de los jinetes que van atrás, las hacen correr sobre el trigo, hasta que han sido descompuestas las espigas, y el tallo picado por las uñas de los caballos, en paja menuda."

Este sistema no fue modificado de inmediato por los colonos, la exigencia de cuyas primeras cosechas no impuso la adopción de medios mecánicos de mayor prolijidad. Existió una aceptación de los medios propios del ambiente, creado quizá por la abundancia de caballos. Pero cuando el rendimiento de las cosechas de cereales fue mayor y las ventajas de su limpieza incidió sobre su comercialización, se creó una conciencia distinta que, aunque no rompió del todo con el sistema tradicional, abrió pa-

so al espíritu progresista incitando a que se inventaran máquinas especiales. Guillermo Wilken dice que los colonos de San Carlos deseaban la invención de una máquina aventadora que pudiese sacar en breve tiempo y en perfecto estado de limpieza, el trigo, sin grandes gastos en peones o locomoción (¿caballos?). Creían que si una máquina así pudiera obtenerse, su combinación con la trilla a pata de yegua, les dejaría mejor resultado que las trilladoras por el servicio y gastos que demandaban.

Poco tiempo después ha de notarse la falta de sembradoras y aporcadoras, aún no inventadas, o por lo menos, no conocidas en nuestro país. El ambiente campesino se renueva con la búsqueda de aplicaciones técnicas, que facilitaron la absorción por el mercado de todos los elementos nuevos que se introdujeron o que se fabricaron. Del campo donde los inmigrantes actuaban surgían hombres que creaban modelos de máquinas. En Esperanza se fabricó,a pocos años de fundada la colonia, el arado Tabernig, nombre de un inmigrante fundador. Este arado —dice Wilken—, fabricado allí con estudio y experiencia del suelo mismo a cuyo cultivo se le dedica inmediatamente, es susceptible como todos los demás, de perfeccionarse...

La afluencia de maquinarias agrícolas se produce después de 1870, generalizándose entre los campesinos el empleo no ya de las elementales e imprescindibles, sino de las más modernas invenciones, como las segadoras —ya entonces bastante difundidas— y las trilladoras mecánicas. El hombre campesino que había superado la etapa de la roturación en tierra virgen, y resuelto sus problemas inmediatos del conocimiento del país, de vivienda, de mayor comprensión del medio social, creaba con la adopción de maquinarias una conciencia que derivaba hacia la constante proyección renovadora, que permitía llevar hasta los límites de lo que antes era dominio del indio, talleres de fabricación o reparación, con el desarrollo consiguiente de industrias locales. Muchos pueblos adquirieron por esa razón una fisonomía especial, y gravitaron en ellos intereses sustancialmente distintos de aquellos que existían en las poblaciones criollas que surgieron tomando como base a veces una posta o un fuerte de avanzada en la frontera. En esos pueblos se hacía sentir el reflejo de la vida campesina cuyas necesidades han abierto horizontes más amplios, haciendo, hasta cierto grado, que subsistan o decaigan las poblaciones según el ritmo de la producción agraria.

El trabajo en el campo con métodos modernos —para esa

época— hizo que no volvieran a repetirse las escenas descriptas por Sarmiento, es decir, que muchas de las costumbres que originábanse en esa manera de trabajar la cosecha, se perderían irremediablemente y los criollos, que no vivían, por supuesto, al margen de la renovación hubieron de ser actores en hechos que alterarían modalidades características y propias de él.

Cuando el silbido de la trilladora llamaba, de madrugada, al trabajo estábamos en una época en que se creaban en el campo argentino las bases para el desarrollo de un estado social campesino, apto para ponerse al nivel de cualquier nación del mundo en la mecanización de las tareas agrícolas.

Este sentido progresista vino aparejado con el esfuerzo del inmigrante e invalidaría en absoluto el pensamiento que José Hernández tuvo en 1872 cuando ya habíamos avanzado mucho en la transformación de nuestra economía agraria.[1]

[1] "En nuestra época —escribía Hernández a los editores de la octava edición— un país cuya riqueza tenga por base la ganadería, como la provincia de Buenos Aires y las demás del litoral argentino y oriental, puede no obstante, ser tan respetable y tan civilizado como el que es rico por la agricultura o el que lo es por sus abundantes minas o por la perfección de sus fábricas. La ganadería puede constituir la principal y más abundante fuente de riqueza de una nación."

VIII. LA DIVERSIDAD DE PRODUCTOS

El arraigo de las familias agricultoras estuvo condicionado a la propiedad de la tierra y a la eficacia de su propia producción para satisfacer sus necesidades y pagar deudas. Las cosechas principales rendían el grueso de las entradas con las que el colono debía amortizar las anualidades y los intereses del precio de la tierra y comprar herramientas y animales. Ésta era la preocupación fundamental de toda la familia pues se comprueba una unidad de acción para lograr el mismo fin que interesaba por igual a todos los miembros cuyos destinos como agricultores dependía de ese esfuerzo, a veces. El trabajo para cosechar resumía el tesón más hondo ya que todo fracaso suponía la pérdida de los derechos a seguir en posesión de la tierra.[1] Por eso el colono se complementa íntimamente con su familia no solamente por el apoyo que significa allanar toda dificultad doméstica, sino porque de hecho la familia colabora en las tareas de labranza. Como unidad económica, todo cuanto puede aliviar la presión de la deuda de tierra es objeto de su trabajo, siempre que las condiciones del suelo permitan ampliar los cultivos con siembras de especies de menor provecho comercial, pero complementarias de las cosechas mayores.

Las tierras aledañas a ranchos o casas de colono adquieren aspecto que se diferencia de cualquier otro de la época anterior a la colonización. Las huertas proliferan en todo el campo y de

[1] "Temo —escribía Enrique Vollenweider a Basilea en enero de 1870— que tanto en Humboldt como en San Jerónimo, nos veremos obligados a retener una cantidad respetable de tierras vendidas, parte porque los compradores no sean solventes y parte porque muchos de ellos las abandonen." Correspondencia, archivo del autor.

ellas provienen productos menores que abastecen a las familias y que en muchos casos se mercan en las villas cercanas. El comercio campesino ya no tuvo pues como centro principal alguna pulpería, sino que se extendió con carácter distinto. Cada familia pudo convertirse en pequeña abastecedora de las más diversas especies de productos de granja. La colonia San José se destacó por la extraordinaria dedicación a la cría de gallinas. "Las gallinas —dice Peyret—, los pollos, los huevos, son la moneda corriente de la colonia. Todos los vapores que recorren el río Uruguay, hacen allí sus provisiones de aquella mercancía y se remiten también por buques especiales a Buenos Aires."

Este tráfico de mercancías es de interés directo del colono que subdivide su actividad de sembrador de trigo o maíz, para acrecentar los medios económicos de que necesita disponer. Su responsabilidad no puede compararse a la de los hombres pastores que llevan una vida más libre como individuos porque como hombres de una nación creadora de su economía capitalista no se crearon las posibilidades de cultivar su propio ganado. Los criollos sin tierra que trabajan en las estancias seguirán conservando por mucho tiempo aún sus modos de vivir aparejando la permanencia de sus costumbres, y en cuanto a sus familias han de ser también aquellas típicas que con pocas variantes describen los viajeros en el campo argentino. Mientras tanto el ritmo de trabajo campesino agricultor va creando los caracteres que tipificarán más tarde a casi todo el campo de labradores.

Las especies que aún no se habían cultivado con intensidad, como el maní o la remolacha, abrirán perspectivas inmediatas industriales que serán objeto de experimentación mucho antes de que finalizara el siglo XIX. Entre tanta actividad inusitada, hasta el zumbido de las abejas llamará la atención de los que por ese saludable afán estadístico que nace con el desarrollo económico, han de contar por centenares las colmenas que en las proximidades de las huertas elaboran miel, o han de ver por los caminos, semanalmente, algún carro de colono en el que, entre hojas de repollos que conservan su frescura, tinajas con manteca recién elaborada son llevadas a la villa...

Con la multiplicidad de nuevos productos que se recogen en el campo se desequilibra la uniformidad de las ocupaciones criollas, de reducido panorama en el campo. Se diversifican los caracteres de las familias, y si antes, cualquier transeúnte curioso anotaba con bastante similitud casi las mismas observaciones en

cada rancho donde bajara, ahora las nacionalidades distintas, las preferencias por ciertas actividades, la alimentación, etcétera, crean perfiles mútiples y de gran variedad.

En el fondo de toda esta modificación introducida por los inmigrantes se hallan como motivos centrales la cultura europea desarrollada en ambiente no pastoril, la lógica derivación del trabajo agrícola. El sistema de venta de la tierra que se empleó en las primeras colonias, supuso también que el derecho a la propiedad estaba condicionado al trabajo de ella, en el sentido de que todos los recursos pecuniarios que se utilizarían para obtener el título perfecto, o la parte de productos que se entregaran, provendrían del trabajo de toda la familia.

La labor agrícola,por su misma complejidad, hizo indispensable el apoyo del trabajo industrial o artesanal que se concentraba en talleres de los pueblos cuyo desenvolvimiento demográfico ampliaba las unidades económicas domésticas donde el campesino hallaba el ambiente favorable a la colocación de sus productos de cosechas menores o de los derivados de la ganadería. La vida social de campo tomó el ritmo previsto por los estadistas que gobernaron poblando...

IX. EL ALIMENTO CAMPESINO

Cuando en marzo de 1860 Enrique Vollenweider anotaba en su libro diario de la colonia San Carlos: "Wyss se queja de la mala calidad de los alimentos", dejaba para el futuro un dato que unido a todos los que podrían agruparse en este capítulo, da una visión particularísima del cambio que ha de operarse en el campo en cuanto a los alimentos de que se sustentaban sus pobladores. Los productos que consume un pueblo si no tuviesen por sí mismos una significación especial o no evidenciaran inclinaciones y preferencias naturales, trasuntan formas del trabajo necesario para su elaboración o cultivo y le son propias costumbres vinculadas a ellas.

Difícil es que quienes describieron las costumbres del gaucho, no hayan destacado de manera singular la casi exclusiva alimentación a base de carne asada. Cada uno de los viajeros de países europeos —que por no ser del ambiente solían ver, desembarazados de rutina, el relieve de las costumbres— que ha dejado constancias, se ha detenido a describir la tarea de asar queriendo dar así nota sobresaliente dentro de lo pintoresco y propio del campo argentino. A tal punto era distintivo de las costumbres campesinas el asado, que es posible que algún otro detalle de la cocina en el rancho criollo haya pasado inadvertido ante su preponderancia. William Mac Cann quizá se ha hallado en esa situación cuando en 1847 escribía: "Viven en sus ranchos y no dedican un palmo de terreno a jardín, ni plantan una sola hortaliza. Nunca cultivan la tierra —siendo feracísima— porque su alimento consiste exclusivamente en carne de vaca y de cordero. No consumen tampoco pan, ni leche, ni verduras y raramente usan sal."[1]

[1] Obra citada, página 20.

Si bien no es una observación concluyente la del comerciante inglés, constituye una impresión que por coincidir con abundantes testimonios de otro origen, puede aseverarse que la carne asada predominaba como alimento. La explicación es fácil de encontrarla en el ambiente de un pueblo dedicado a la ganadería, cuya actividad pastoril signó muchos aspectos de la personalidad nacional. No se hubieran alimentado los hombres del campo con tanta preferencia por la carne si hubiese habido escasez de hacienda...

Las huertas no existían en los ranchos del criollo que trabajaba en las estancias, en número tal que pueda tomárselas como fenómeno de consideración. No pudo haber tampoco comercio de hortalizas desde las quintas aledañas a los poblados hacia el desierto, pero se cultivaban para proveer de ellas a las ciudades y para el consumo familiar en terrenos próximos a los pueblos. No era actividad a la que se inclinaba el hombre apto para el trabajo ganadero. Dice Mac Cann que los menos útiles y los extranjeros realizaban estas tareas y según Lina Beck Bernard —por citar a una escritora que vivió en el país al iniciarse en la Confederación los planes de colonización agrícola— eran los negros o los mulatos esclavos los que trabajaban la tierra, de modo que cuando su manumisión fue total en Santa Fe por disposición de Urquiza, decayó notablemente la producción agrícola arruinando a muchos propietarios por el abandono que hicieron de la tierra.

También en este caso debe suponerse que no es del todo exacta la observación de la esposa del fundador de la colonia San Carlos, pero es posible que hayan sido los esclavos los que en esa provincia tuvieron en mayor número a su cargo una tarea por la cual el gaucho no tuvo la menor simpatía.

El cultivo de hortalizas quedó circunscripto a los alrededores, sin avanzar más allá de los últimos rancheríos de los pueblos, y en cuanto al cultivo mayor se destacaba el del maíz —con que se aderezaban típicos platos nacionales— y en menor escala le seguía el trigo, pero sembrado en radios tan reducidos que no alcanzaba a tener significación económica importante ni influencias en el pueblo como derivaciones sociales de su cultivo.

La alimentación del pueblo a base de carne tenía el antecedente remoto del período colonial hispano y la trayectoria de medio siglo de independencia, y es difícil imaginar a un criollo yendo con quejas al estanciero por la comida que le proporcionara... como ocurriría en una colonia de inmigrantes con el

campesino Wyss, que sin duda no era el único disconforme sino uno que elevó a tal extremo la voz de su disgusto que quedó constancia de él en documento de la época. Tres años antes en Esperanza fueron muchos los colonos que protestaron porque no se les entregaban las barricas de harina y aunque eso no podría demostrar que seguían al pie de la letra la defensa de sus derechos, aclara también, con fuerza, que la harina era tan indispensable que al no poseerla como debían acusaban a la administración que la distribuía con retraso.

El inmigrante no se conformó con la carne de vacuno porque no entraba en sus costumbres europeas consumirla en abundancia; porque en la época en que arribó la compra del producto no era más barata que las aves que criaba y los cerdos que faenaba en su propio campo para estar provisto por mucho tiempo de su carne y de su grasa.

Apenas se comienzan a estudiar los documentos de la colonización agrícola, una gran cantidad de datos sobre hechos que en su época fueron meros incidentes llaman la atención sobre este proceso distinto en la preocupación de los nuevos campesinos por su alimento. No por azar pueden ponerse frente a Mac Cann, que decía "no consumen leche", refiriéndose a los gauchos, las palabras de Alejo Peyret que en una carta a Urquiza el 10 de junio de 1858, le informaba sobre los inmigrantes de San José y decía: "esta gente es muy tomadora de leche..."

La observación pudo extenderse a todo el litoral pues los primeros inmigrantes agricultores tuvieron en la extracción de la leche no sólo un complemento importante de su nutrición sino un recurso económico, puesto que elaborada, constituyó la materia primordial de industrias regionales que en el presente perduran y cuyo desarrollo intenso permite al país la exportación de sus derivados.

En la ciudad de Santa Fe recién se consumió manteca en 1859 cuando fue fabricada por los inmigrantes suizos que, para conservarla fresca mientras la transportaban la acondicionaban sobre hojas de repollos cubriéndola con capas de lo mismo. La fabricación de manteca no fue industria que en estas regiones se originó en las villas, sino en pleno campo; en ranchos o casas de colonos se desnataba y batía la crema con destino al comercio y al consumo familiar.

Muchos fueron los campesinos que a la par de la agricultura tuvieron ya desde la época de fundación de las primeras colo-

nias ese medio de ingreso pecuniario, y tan significativa fue esta actividad que en las zonas rurales persisten algunos colonos en la fabricación casera de manteca con destino a los pueblos circundantes.

El diario de Vollenweider sería suficiente como aporte documental para trazar buena parte del panorama de la nueva época en el agro argentino caracterizada por el avasallamiento de legendarias costumbres criollas. Dentro de sus anotaciones del año 1860 reitera sus constancias sobre el trabajo granjero de los campesinos, lo que puede hacer estructurar las graduales transformaciones o extensiones de la labor campesina y el aspecto diverso que en la vida de las familias adquieren sus necesidades comunes. Esa modificación se agudiza en los años posteriores y cuando las colonias lograron estabilizarse por el trabajo y muchos pueblos nuevos se desarrollaban con vigor asimilando pobladores, los inmigrantes dieron mayor relieve a sus costumbres distanciándolas cada vez más de las autóctonas de la época inyectándoles nuevo espíritu.

Guillermo Wilken, que fue un hombre justo al juzgar al inmigrante, dijo en su Informe: "Desde luego el colono es aseado y se da buen trato. Su comida, de que he participado en mis excursiones, es abundante, bien sazonada y suculenta, preparada y servida con aseo. Por lo regular se compone de una buena sopa, puchero en que, por supuesto, abundan las legumbres y verduras, asado, queso, manteca, huevos y buen vino carlón como para restaurar las fuerzas de hombres avezados en las rudas y afanosas tareas de la agricultura".[1] Al escribir sobre Helvecia, colonia amenazada constantemente por los indios, ubicada en zona de bosques y ríos, decía Wilken que algunos colonos extraían de la sandía y del melón un jarabe que conservaban y consumían en sustitución del azúcar.

La imaginación industriosa del colono no paró ni ante el destilado de licores; no es sorprendente pues que en todas las colonias se generalizara la diversificación del trabajo familiar y que los alimentos también llegaran a distinguirse con claridad de los que prefería el poblador criollo por coacción de tres siglos de vida pastoril.

[1] Obra citada, página 312.

Aquella protesta que hace noventa años se llevara hasta el escritorio de un administrador de colonias por la calidad del alimento, era ya un síntoma de exigencias aparejadas con las mudanzas de la época...

X. TIRO AL BLANCO Y MÚSICA

No poseemos para considerar las costumbres, deportes, etc., de los inmigrantes del siglo XIX, una bibliografía explícita. La que existe con referencias al criollo campesino, cuenta con libros fundamentales como el de los Robertson, Heard, Mac Cann y numerosos escritores nacionales. Con respecto a los inmigrantes, el vacío es casi total. Explicaría esta ausencia de testimonios la inestabilidad y la heterogeneidad de costumbres introducidas en ese medio trastornado por la masa inmigrada, situación bastante confusa y que no interesaba especialmente a los visitantes de colonias, que iban por lo general con fines de inspección o para redactar artículos destinados a la propaganda en Europa; informes o artículos que se circunscribían a aspectos materiales de la colonización, y a las ventajas que el país ofrecía a los inmigrantes, con el fin de desviar en parte hacia estas tierras a los que se dirigían o tenían el propósito de dirigirse al Brasil o a los Estados Unidos.

Sabemos por Peyret y por tradición, que los colonos eran tiradores con escopeta o carabina y pareciera que la afición por la caza fue de los primeros entretenimientos. Peyret dice, después de aludir a la abundancia de aves y animales silvestres, que los colonos tenían cómo divertirse y añadir manjares suculentos a la ración de carne que se les distribuía. Las boleadoras, es posible que hayan sido utilizadas años después, pero no para la caza como uso general, no con la destreza con que hiciéronse famosos los criollos en las tares ganaderas y también en la guerra.

El arma de fuego se generalizó en el campo, y las de largo alcance, que hasta entonces eran utilizadas excepcionalmente por los civiles, no faltaban en los ranchos de colonos. Claro está que su introducción obedeció a la prevención con que vinieron

muchos inmigrantes que suponían en nuestro país un estado de civilización muy inferior al que realmente existía y en muchos casos creyeron que, como en los EE.UU., debían "conquistar" el desierto arrebatándolo de manos del salvaje. Esta creencia se trasluce en relatos que por tradición se mantienen en ciertas regiones a tal punto que dio materia para magnificar el peligro en zonas donde el indio no fue un elemento agresivo. Pero el deporte más trascendente, y que llegó hasta nuestros días en forma organizada, pasando a ser una actividad nacional reglamentada y controlada por el ejército, es el tiro al blanco, verdadera pasión que incorporaron como tal a la vida del país los inmigrantes suizos.

Al año de haber llegado a Santa Fe, en la colonia San Carlos, los inmigrantes fundaron la primera sociedad de tiro. El 29 de abril de 1860, Enrique Vollenweider anotó en el libro diario de la colonia: "Domingo. Se constituye la sociedad de tiro formada por 25 miembros." En 1863 Beck informaba sobre esta actividad dando referencias que ponen en claro hasta qué punto se extendió ese deporte. "La sociedad de tiro siempre existe, y han aumentado sus asociados que regalaron una bandera donada por Fritz Goeschy. La bandera fue entregada en el mes de marzo cuando se realizó un concurso libre de tiro, en el que participaron muchos colonos de Esperanza, lo que dio motivo a una alegre fiesta."

No tenemos noticias de que una actividad deportiva haya sido organizada en el campo argentino antes que ésta y como los suizos tenían conceptos estrictos sobre reglamentación —probados en todas las transacciones y convenios que se registran en archivos— la sociedad de tiro debió contar con estatutos precisos. Y esto, que en su época sólo tuvo importancia para los asociados, al considerar que sociedades similares se fundaron en gran parte del territorio argentino antes de 1870 —la de Esperanza, Helvecia, San Jerónimo, etc.—, hoy podemos valorar su influencia en el espíritu del pueblo, unidas a organizaciones colectivas como las sociedades de canto. Se introdujo así otro factor importante entre la población campesina para que fueran limitándose las asociaciones de hecho, momentáneas, ocasionales, en los deportes, sustituidas por otras que gravitaron en el espíritu de los hombres acercándolos a conceptos de organización que tanto necesitábanse en una sociedad donde el espíritu arbitrario era también una causa de resistencia o de indiferencia

popular por los términos de las leyes civiles y políticas.

Durante la administración de Oroño, los concursos de tiro al blanco alcanzaban contornos de fiestas regionales en las que intervenían las bandas de música integradas por los mismos colonos.[1] La música y el canto coral fueron manifestaciones de cultura fundamentalmente distintas de la que existieron hasta entonces en el campo argentino. Como no se trata aquí de investigar la influencia que la música de otros países haya dejado en la nuestra, sino de puntualizar hechos que orienten hacia una explicación ulterior del espíritu del hombre argentino, sólo señalaremos los que de alguna manera contribuyan a crear el conocimiento de lo que ocurría después de promediar el siglo XIX en ese sector numeroso que estaba compuesto casi en su totalidad por hombres inmigrados.

En 1847 William Mac Cann oyó cantar, en la pampa bonaerense, cerca del río Samborombón, a un carpintero escocés, un himno de Wesley, y sin duda fueron muchos los escoceses e ingleses que mantenían en territorio argentino la tradición de sus países expresada en el canto, y aunque ello no alcanzase a determinar una situación colectiva de fundamental gravitación, el hecho, de por sí, era extraño tanto por los asuntos que se cantaban como por la melodía en regiones donde simultáneamente el criollo creaba en su propio estilo, en su expresión propia.

Martín Fierro dice:

Allí un gringo con un órgano
y una mona que bailaba
haciéndonos rair estaba,

En pleno dominio del gaucho, en la pampa y en la misma pulpería donde otras veces o en esa misma ocasión algún criollo sostuviera payadas de contrapunto o donde improvisara música autóctona, un inmigrante entretenía con su órgano. Es un hecho sintomático. No había en Argentina una sola fábrica de instrumentos musicales capaz de construir un órgano o un organito, que a eso se refiere Martín Fierro. De modo que el aparato, fabricado en Europa, reproducía los cantos populares en países de aquel continente. Esas canciones y esa música se introducían de rondón en la pampa y por poco que haya influido en el espíritu de la gente, no habrán sido tan efímeras como para no ser re-

cordadas —aun contra del gusto— por quienes pasaban horas de esparcimiento con ellas. Cuando comprobamos esa introducción de música foránea en la pampa, algo de impuro —si cabe la expresión— se nos antoja que ya iba enturbiando la fuente vernácula a través del espíritu de la gente. Las mismas canciones que los organilleros italianos llevaban al campo, fueron las que aún muchos años después se cantaban en los pueblos, en coros ocasionales, en reuniones de fonda, de boliches o en fiestas colectivas, y se generalizaron lo suficiente como para que no existiera casi argentino que en alguna oportunidad no las haya cantado en la regiones del litoral. Ello denunciaba la presencia incontrovertible de fuertes corrientes culturales distintas de las aborígenes. No hace mucho, un presidente argentino recordó en Esperanza, a los colonos, una canción alemana que él oía cantar a los muchachos en los cuarteles, y podemos afirmar que ninguno de esos miles de conscriptos procedentes de las colonias conocía una vidala, un cielito, un estilo o un gato... Y tal certeza no puede echarse en saco roto, puesto que, a poco que se investigara, se comprobaría que no tratamos sólo las excepciones. El 1° de enero de 1861, en el ya citado libro diario de la colonia San Carlos, Vollenweider anotó: "Celebración de Año Nuevo. Música, cantos y bailes y fiesta de la cosecha." Hacía apenas dos años que se había poblado la colonia y, contando las que la rodeaban, que eran de inmigrantes que procedían de los mismos países, superaban la cifra de tres mil personas gravitando en toda la región. No se tiene noticias sobre qué música ejecutarían, ni qué bailaban, pero es lógico suponer que a tan escaso tiempo de la llegada a este país, música, cantos y bailes no podían ser otros que los que conocían de Europa y así, en medio de la llanura, rodeados de población criolla, en su ambiente típico, los colonos trasplantaban su cultura y con ella sus modalidades que fueron un factor de resistencia más o menos persistente según las zonas, a la absorción del medio.

En 1863 Carlos Beck decía en su informe ya citado: "La sociedad de canto fue interrumpida en sus actividades por la salida de nuestro herrero Schneider, único tenor, y no revivirá hasta que se encuentre su reemplazante."

De aquí se deduce que existía ya entonces una sociedad destinada a cultivar el canto, y por la composición del coro, sin lugar

[1] Guillermo Wilken, *Las Colonias*, 1873, página 308.

a ninguna duda, vocalizaban música europea ya que aun ni siquiera dominaban los colonos el idioma castellano. Por lo demás, el hecho, de que un herrero fuera el tenor, demuestra el carácter popular de la composición del coro. Esta forma de cultura musical era completamente desconocida hasta entonces en el campo y cuando se comprueba que en otras colonias también existían conjuntos corales[2] puede imaginarse hasta qué punto la presencia de este elemento de cultura divergía de lo que era tradicional en esa materia y cómo constituía un factor de sociabilidad que estaría destinado a orientar el espíritu popular hacia valores nuevos, acrecentados cuando se desarrolló el urbanismo y lograron mayor regularidad las actividades de ese tipo de sociedades, cuya decadencia en las colonias se inició hace apenas unas décadas, después de haber representado una de las atracciones principales en los pueblos que se originaron en la acción de las colonias agrícolas, centros donde no se conocieron en su vigor floreciente las canciones ni los bailes criollos, sino que tuvieron contacto con ellos cuando el destino de lo autóctono fue materia de preocupación de organismos oficiales y muy esporádicamente de hombres especializados o improvisadores que llegaban con su "amor a lo nuestro" hasta el campo colonizado por europeos.

La fuerte influencia del espíritu tradicional europeo de los inmigrantes ha llegado a su ocaso, pero el hombre campesino que hoy está en contacto con lo que es expresión de esta tierra, se integra espiritualmente con elementos que derivan hacia una cultura distinta de la que, por tradición, nos viene del criollo del siglo XIX.

Con respecto a la música nativa, la siente, y con intensidad, pero como si le viniera no del conjunto de circunstancias que condicionan su vida, sino de afuera y del pasado. Las colonias agrícolas desintegraron elementos de cultura que paulatinamente fueron recompuestos en parte, logrando una armonía de conjunto distinta de aquella indoespañola que nos caracterizó en el siglo pasado.

[2] Tomás J. Hutchinson, *Buenos Aires y otras provincias argentinas*. Traducción de Luis Varela. Ediciones Huarpes. S.A., página 163.

XI. EL TACURUZAL DEL IDIOMA

Si para nuestro idioma resultó violento en las ciudades el contacto con las lenguas foráneas habladas durante el "aluvión" inmigratorio del siglo XIX, no menos intenso fue el fenómeno en algunas zonas del campo donde tuvo carácter de irrupción en un medio sin masa suficiente como para resistirlo de inmediato con su poder de absorción. En los desiertos colonizados solían organizarse secciones de campesinos según el origen nacional, de modo que no existía —en conjunto— homogeneidad ni en los idiomas de los extranjeros que allí radicaban. Se creó una sección alemana y otra francesa en Esperanza; una suiza y otra italiana en San Carlos y se mezclaban, en ésas y otras zonas, familias de procedencia diversa que por grupos empleaban —al principio— la lengua del país de donde procedían, agravándose a veces la situación para ellos mismos con el empleo de formas dialectales. Las autoridades de las colonias, por exigencias del momento histórico, procedían del seno de los inmigrantes. Dentro de algunas colonias la función judicial, policial y municipal estaba a cargo de alemanes y franceses, según la sección donde se agruparan unos u otros. Los contratos de colonización de los campesinos destinados a una misma colonia se redactaban en diversos idiomas al igual que muchos de los documentos que hoy nos sirven para estudiar la historia de las poblaciones que se fundaron con los primeros núcleos de inmigrantes.

La rústica lengua de los criollos no era hablada sino ocasionalmente en la pampa donde se organizaron las colonias pues el hombre argentino iba por ellas, en términos generales, de tránsito. Reducido número de peones o comerciantes del país convivían con los inmigrantes pobladores del desierto y los sepa-

raba la barrera espesa de los idiomas usuales, en las faenas y en el trato diario.

El campesino se relacionaba habitualmente, por inclinación explicable, con sus connacionales, cerrándose por la frecuencia de ese comercio, a la influencia de la lengua hablada en la pampa de los criollos. Las colonias eran reductos donde la asimilación del idioma castellano se operaba con lentitud por el hermetismo con que los colonos se resistían a abandonar el de ellos. Esto, se entiende, ocurría rigurosamente durante el primer período de la colonización agraria, cuando aún no se habían extendido las poblaciones y se bastaban los campesinos con el intercambio dentro de la esfera de acción de cada colonia.

A veces, los colonos aprovechaban su ignorancia del idioma castellano para sustraerse a los posibles efectos de la justicia.[1] Incluso tras su idioma de origen escudaban los privilegios a que erróneamente aspiraban por ser extranjeros y si no lucharon con tanta persistencia como en las ciudades por mantenerse aislados de la cultura nacional —incluyendo el idioma—, ello se debió a las exigencias de la vida campesina y al fenómeno social de absorción más que a la voluntad de abandonar las costumbres y el idioma de sus países. La explicación que de este hecho daba Sarmiento aplicada a las ciudades, es válida para el campo.[2]

Rodeaban a las colonias estancias o campos fiscales donde las faenas y costumbres tradicionales se conservaban en todo su vigor, y algunos vocablos regionales de procedencia india y voces castellanas populares fueron imprescindibles en la vida de relación originada por el trabajo agrícola. Ellas abrieron la brecha por donde la gente inmigrada iba a introducirse en el conocimiento del idioma nacional. La palabra *rancho* es la primera que figura en los documentos de colonización suscritos en el extranjero en la época que abarcaría hasta 1872. Más tarde, en los informes a la sociedad de Basilea se agregan en castellano: *estan-*

[1] Sobre esto puede leerse una carta de Rodolfo Gessler, dirigida a la Administración de la colonia San Carlos, fechada en Santa Fe el 11 de mayo de 1864, redactada en francés. En ella narra la astuta comparecencia de cuatro colonos ante los tribunales.

[2] Domingo F. Sarmiento, *Condición del extranjero en América*, "Biblioteca Argentina" dirigida por Ricardo Rojas. Ed. La Facultad, Buenos Aires, 1928.

cieros y gauchos, con nombres geográficos de las regiones colonizadas. Sin duda esos mismos vocablos debieron insertarse en la correspondencia epistolar dirigida a Europa por los colonos.

El aprendizaje del idioma estuvo condicionado a las alternativas de la vida diaria sin que ningún indicio documental denuncie preocupación por poseerlo, ni en la enseñanza escolar —que tuvieron a su cargo clérigos y maestros extranjeros aun muchos años después de fundadas las colonias— ni en la difusión del periodismo, redactado en idiomas foráneos. Alterada la semántica por deformación del sentido de las palabras en la improvisación de su empleo unida a veces a errores de fonética —no ya por la ley del menor esfuerzo sino por más grave dificultad de pronunciación—, el idioma nacional no perdió, sin embargo, las bases para su desarrollo a pesar de haber determinado un estado de crisis que hemos superado con intervención de otros factores sociales.

En ese período convulsionado del idioma en el que las expresiones orales campesinas de origen pastoril sufrieron un decaimiento extraordinario, se abrió otra perspectiva. Por una parte, el cambio en la producción agraria —generalizado el cultivo de la tierra— introdujo un enriquecimiento en el lenguaje corriente; de la preeminencia de los vocablos pastoriles se pasó a un más numeroso empleo de palabras relacionadas con los trabajos de la agricultura. Por otra parte, muchos sustantivos fueron olvidados y con la ignorancia del idioma vino aparejada una pérdida de conocimientos campestres que es más profunda en las chacras próximas a las ciudades.[3]

Quien desee trasladar a la literatura el habla de los campesinos de tierras colonizadas por alemanes, franceses, suizos e italianos, advertirá la complejidad del fenómeno originado por los resabios de lenguas extranjeras, se encontrará en un medio en el que el habla popular dista mucho de ser aquella tan característica del criollo pastor...

[3] Los efectos de esa pérdida se hacen sentir en sectores campesinos con el desconocimiento de la flora autóctona, en olvidadas modalidades del lenguaje, en la aplicación corrientemente errada de adverbios, preposiciones y hasta de verbos.

XII. LA LECTURA EN EL CAMPO

En 1880 Lucio V. López recorría las aldeas de Suiza y, después de hacer observaciones sobre el estado cultural del pueblo helvético, decía en *Recuerdos de viajes:* "No es raro hoy, en el día domingo, al pasar en las diligencias que recorren las altas laderas del Brunnen o que descienden a Martiny[1] por el valle del Ródano, ver en la puerta del albergue a un campesino leyendo en voz alta la gaceta de la ciudad o del vecindario a un grupo de parroquianos, entre los cuales se discute y analiza el artículo después de leído." Esta escena característica de las antiguas aldeas suizas fueron más tarde observadas en las colonias de nuestro país por Peyret, quien dejó testimonio en su libro de viajes por el interior. Refiriéndose a la villa San José observó que concurrían los colonos, sobre todo en los días festivos, en centenares de carros para oír misa, hacer sus compras *y oír las publicaciones* (subraya Peyret). "Un heraldo —dice— sube a una tribuna pegada al costado de la iglesia, y desde allí anuncia en voz alta las decisiones de la autoridad, las noticias locales, los precios corrientes, los animales perdidos o encontrados, las ofertas de mercaderías, etc. etc. Es el periódico colonial, y no deja de ser un espectáculo pintoresco el ver esa población venida de tan lejos con sus trajes originales, semieuropeos, semiamericanos, oyendo con atención las palabras que se les dirigen y que serán antes de finalizar el día, repetidas en todas las casas de las colonias."

En casi todas las colonias, y especialmente en aquellas en que el grueso de los campesinos procedía de Suiza, el interés por la información periodística fue tan vivo que en muchos do-

[1] Muchos colonos emigrados a la Argentina procedían de Martiny y de aldeas vecinas. (Nota del autor).

cumentos de la época puede comprobarse cómo entre las mercaderías que se adquieren figuran publicaciones de origen extranjero algunas, y otras impresas en nuestro país en varios idiomas para satisfacer la demanda que procedía de colonias del interior donde se hablaba francés, alemán, o italiano. Los periódicos congregaban campesinos no sólo en torno a las iglesias y pulperías sino en casas particulares donde concurrían familias de igual nacionalidad. Este afán de lectura y de información se extendió rápidamente por el campo entre los inmigrantes. A Villa Libertad de Entre Ríos y a colonias de Santa Fe llegaban *Le Jura y Journal de Porentruy* que amigos de colonos enviaban desde Suiza o que adquiría Carlos Beck, y en algunos centros más poblados comenzaron a aparecer periódicos locales como *El colono del oeste* o más tarde el combativo *La Unión*, en los que se debatían especialmente los problemas de interés fundamental para los agricultores y para el país. La lectura se difundió como una necesidad de no desvincularse por completo de los sucesos que ocurrían en los países europeos de donde eran originarios los inmigrantes y concluyó por absorber la atención sobre los temas de este país.

En el interior de la República en 1860, a cuatro años de los primeros trabajos colonizadores de Esperanza, cuando aún existía a pocas leguas, en el Sauce, una reducción de indios abipones formando un poblado con elementos criollos, Vollenweider anotaba en el diario de la vecina colonia San Carlos: "12 de agosto. Visita de mister Cornfield, que es agente de una asociación londinense, que está recorriendo las provincias del Plata; entregó literatura, 100 ejemplares, en diversos idiomas para la venta, y parte para obsequiar a los indigentes."

En 1863 ya había una biblioteca fundada en la colonia, pues Carlos Beck anotaba en un informe a Basilea: "La biblioteca ha sido muy frecuentada, pero ha recibido pocos volúmenes nuevos."[2]

[2] En 1873 se fundó una biblioteca popular en la misma colonia, mediante suscripción pública anotada en planillas que encabezábanse con el siguiente texto en francés y alemán:"Le gouvernement National desirant la formation des Bibliothèques Populaires propose à chaque endroit, que remit un fond à ce sujet, de donner une quantitè ègale à la qu'on remit et de se charger de l'achat des livres. Les soussignés se dirigent aux Colons de cette Colonie pour qu'ils, en vue des conditions fa-

Las escuelas establecidas en la campaña hicieron converger hacia ella hombres que hacían de la enseñanza su preocupación fundamental, y a pesar del estado deplorable de la enseñanza pública en las colonias, según Wilken, la presencia de miles de familias que en razón de sus actividades debían vincularse al conocimiento general del país, fue por sí misma la promotora de la instrucción en su medio de trabajo. La iniciativa popular fomentaba la creación y sostenimiento de escuelas, para lo cual de su propio peculio pagaban los colonos los gastos de la enseñanza, en los primeros años. Sin que pueda decirse que los colonos inmigrantes eran gente que sabían todos leer y escribir y que cifraban en la cultura el valor del hombre y el progreso de las instituciones, es indudable que trajeron con los rudimentos de la civilización europea aquellas nociones elementales y cualidades de raza en las que pensara Alberdi cuando escribía las *Bases*: "Utopía es pensar que podemos realizar la república representativa, es decir, el gobierno de la sensatez, de la calma, de la disciplina, por hábito y virtud, más que por coacción, de la abnegación y del desinterés, si no alteramos o modificamos profundamente la masa o pasta de que se compone nuestro pueblo hispanoamericano." Aunque Alberdi apuntaba hacia la raza anglosajona, es evidente que la masa inmigrada, de otro origen, provocó *el cambio de condición* de nuestro pueblo, según el mismo esperaba que ocurriese y subrayaba en su libro famoso. Pero ese *cambio de condición* tuvo como causa, más que las modificaciones puramente etnográficas, la transformación de la estructura económica al liquidarse en parte la política de los terratenientes y saladeristas.

Aunque la cultura intelectual del pueblo no es suficiente por sí misma para elevar su situación general, es aceptable que por los medios de resistencia que crea y por las perspectivas que sugieren favorece el desenvolvimiento progresivo de las instituciones, amplía las posibilidades del trabajo, y la visión de los intereses económicos y políticos del pueblo.

---

vorables, signent des petites donations à fin de fonder une de ces Bibliothèques. La bonne lecture instruit et ennoblet à l'home et lui donne un passetemps des meilleurs, et nous sommes persuadés que chacun fera des esforts de son côtè pour que la fondation de la Bibliothèque soit assurée". San Carlos, abril 17, 1873. Alfredo Tatti.

La biblioteca se llamó Gottlief Keller y es una de las más importantes entre los pueblos y ciudades pequeñas de la provincia.

Podrían realizarse muchas anotaciones sobre hechos de cultura en las colonias, similares por lo que se relacionan con la lectura y con el afán de desarrollar las facultades naturales del hombre, pero con lo que queda dicho, se sugiere la presencia de un estado colectivo con aptitudes para asimilar conocimientos útiles a la vida social del país y alguna vigilancia por un aspecto de la cultura del hombre que en cualquier forma favorece a la nación. Con todo, las preocupaciones de los campesinos por elevar el nivel de instrucción popular no alcanzó índices generales bien destacados, pero estaban dentro del clima de confianza en el desenvolvimiento de la cultura, propio de la sociedad capitalista en desarrollo, y si bien no dirigían especialmente sus esfuerzos en el sentido de lograr facilidades para la instrucción propia y de los niños y la juventud, promovían el progreso de los medios técnicos de aplicación en el campo y crearon con perfiles claros las condiciones necesarias para la asistencia educacional permanente. Por supuesto que este proceso, como todo otro del adelanto de nuestro pueblo, estuvo respaldado por el trabajo en conjunto de los demás sectores de la población del territorio.

XIII. LAS NARRACIONES EN EL CAMPO

Casi al mismo tiempo en que se inicia de hecho la colonización, surge en el campo argentino un fenómeno vigoroso que ha de convertirse luego en tradición popular aparejando un cambio de motivos en las narraciones.

Los inmigrantes que se establecieron en las nuevas tierras ignoraban casi en absoluto las leyendas, creencias y narraciones de los criollos. Como islas de cultura diversa se formaron en la pampa. Cada colonia agrupaba en sus límites un conglomerado humano sin vinculaciones históricas con la cultura vernácula. Las familias eran núcleos cuyo protoplasma poseía íntegramente sustancia distinta de la hispano indígena, y el conjunto se extendía y posesionaba del campo con espíritu ajeno al que hasta entonces caracterizaba a las regiones donde se establecieron los campesinos que predominaron netamente sobre el elemento criollo y en algunas colonias en forma absoluta.

Las conversaciones diarias tenían como motivos centrales la adjudicación de concesiones y el trabajo agrícola y las controversias más importantes giraban en torno a los intereses reglados por contratos; todo ello sin raíz directa en las costumbres del país, y, a veces, sin que rigiera para ellos otra legislación civil que la conocida en Europa por los jueces de paz elegidos entre los inmigrantes.

Las nuevas maneras de la actividad diaria que los colonos introdujeron, dieron la tónica de preocupaciones que se apartaron cada vez más de las conocidas hasta entonces en la pampa. La desvinculación transitoria con la vida de los criollos —por haber durado casi una década— hizo que se afirmaran caracteres perdurables que resistieron la absorción del medio y crearon elementos tradicionales nuevos.

Los campesinos inmigrantes de la primera etapa vivieron al margen del conocimiento de los asuntos populares creados por la imaginación del criollo. Ellos no conocían —por ejemplo— ni de oídas, la significación de la "luz mala", ni el arraigo de las creencias del argentino en torno a ella y de otros fenómenos propicios al mito y la superstición. Las leyendas de pájaros y animales aborígenes estaban fuera de su conocimiento, de su cultura, así como ignoraban también sus nombres y los de gran cantidad de plantas pampeanas. En la nueva tierra ellos darían motivos para otras creaciones de la imaginación popular, y, a su vez, incorporarían los relatos originados por el desplazamiento hacia este país.

En líneas generales, dichos relatos pueden abarcar dos aspectos, por los temas que tratan y por corresponder a etapas comprendidas entre dos generaciones. En el primero, los relatos que cuentan la vida de los inmigrantes cuando aún vivían en Europa y las peripecias del viaje; en el segundo, los relatos ya vinculados al hecho de la colonización. Sus protagonistas son los mismos hombres o familias que cuentan su aventura en América. Cuando los hijos se hacen hombres y mujeres con descendencia argentina, van desapareciendo los motivos de la primera etapa o se olvidan casi por completo; no obstante, el segundo aspecto, el que se relaciona con las fundaciones de colonias y los primeros trabajos agrícolas, adquiere, cada vez más, caracteres tradicionales y depura su contenido hasta formar en el hombre del pueblo conocimientos de sucesos argentinos cuyas resonancias folklóricas hoy se recogen.

Si el hombre criollo de fines de siglo XIX recordaba los tiempos en que vivía en las estancias y en los campos ocupado en las tareas pastoriles —como asunto fundamental—, el descendiente de inmigrantes, dueño o no de su campo, recordaba del pasado la vida de los colonizadores como tema predominante, y lo transmitió a nuevas generaciones. Esta diferenciación es bien pronunciada y adquirió contornos tan vigorosos que en la actualidad en las colonias fundadas después de 1856, nadie narra asuntos propios de ellas, referidos al pasado, que no traten las peripecias de los primeros pobladores, con las deformaciones propias —se entiende— de los temas de tradición oral.

Pero no solamente las familias colonizadoras fueron las que originaron y difundieron ese tipo de relatos, sino que, hombres de superior cultura y de vida ciudadana, se interesaron por ellos

de manera especial tanto por curiosidad como por documentar ese aspecto de la vida campesina en el siglo XIX. Y así, puede observarse la similitud de las constancias en viajeros de esa época. Perkins, Wilken, Peyret, Carrasco, D'Amicis, Ceppi, han incorporado a sus libros algunos episodios narrados por los colonizadores. Desde el centro mismo de ese campo donde se transformaban las costumbres y la vida, con una riqueza extraordinaria de matices, surgen narraciones de colonos que en forma epistolar se hacen conocer en Europa. Relatos verídicos, donde apenas si la imaginación modifica algún detalle. Carecen de las sugerencias poéticas de relatos o leyendas típicas; no tienen ese legendario "espíritu de la tierra". Otros hechos y otros hombres dieron tónica nueva a las narraciones de aquellos campesinos, motivadas en los trabajos y los días de hombres creadores de una modalidad social distinta, al afrontar un medio desconocido para ellos.

El haberse posesionado los inmigrantes de campos vírgenes y por ser actores de su transformación en tierras donde la agricultura y la riqueza modificaron tanto su aspecto general como las relaciones sociales, ha dado material para los recuerdos hondos de la vida pasada, y la evocación se nutre en sucesos cuyo espíritu posee caracteres claramente definidos en los cuales no cuentan elementos de origen indoespañol. Este fenómeno, por no ser aislado, gravita en las características de la cultura popular en vastas regiones del país.

XIV. LA DECADENCIA DEL CHIRIPÁ

Sarmiento, que concedió tanto a las formas en cuanto a eficacia en el proceso de nuestra "civilización", pudo haber escrito páginas muy significativas sobre la modificación del ambiente campesino en relación a la vestimenta. Si las levitas de los unitarios fueron para él índice exterior de la cultura ciudadana, los sacos de paño resistente y los sombreros de alas anchas que los inmigrantes trajeron y usaron en nuestras pampas pudieron significar que se cumplía la esperanza puesta en la inmigración europea como procedimiento para elevar nuestra cultura...

El chiripá, indumentaria de exigencia pastoril, había entrado en el período de su decadencia cuando William Mac Cann recorre las provincias argentinas en 1847. "Ya el vestido a la europea se generaliza mucho, y cuando se le ve en el campo, llevado por un criollo, es señal de que en la comarca se va operando algún ca nbio en la manera de ser general. A ningún extranjero que se respete se le habrá ocurrido adoptar el indumento nacional, y por cierto, que ello no halagaría a las clases cultas: todo lo contrario."

No podía ser de otra manera; el cambio en el vestido estaba en relación íntima con las mudanzas de orden general. Mac Cann dice: "en la manera de ser general", pero más exacto sería en las *nuevas perspectivas del trabajo; de los medios para crear las condiciones de vida; en el abandono de lo estrictamente pastoril por el desarrollo de pequeñas industrias y pequeños cultivos*. El mismo autor sugiere eso a continuación vinculándolo a la situación económica de los individuos. Dice: "no se ha formado todavía en el país una clase media: los propietarios de campos, dueños de grandes cantidades de vacas y ovejas, forman una clase; los peones y pastores forman otra, pero los inmigrantes

empiezan a formar una clase inmediata de pequeños propietarios de ganados, semejantes a nuestros *yeomen.*"[1]

De modo que si tuviésemos que poner orden en el pensamiento del viajero inglés, correspondería decir que la vestimenta europea aparece en el campo allí donde hay cambios determinados por la formación de pequeños propietarios que originan la clase media que es la que modifica "la manera de ser general". Este prolegómeno de la formación de una nueva clase ya apunta sugerencias de más vastos alcances para los años subsiguientes.

Si la observación del viajero en materia de vestidos es apenas incidental, más tarde la vestimenta europea no sólo concitará atención zahiriente de los pobladores argentinos del campo, sino que ha de crear un estado de tipicismo transitorio, vale decir, de cierta uniformidad y permanencia, lo suficientemente honda en su influencia como para trascender entre los pobladores criollos.

El vestido europeo tiene en el campo casi fuerza de irrupción que desnivela bruscamente las costumbres en ese aspecto. No otra cosa se deduce de la prudente recomendación que se hace a las mujeres inmigrantes: "las mujeres traigan sombreros de *paja a la bergère*. Si las valaisanas quieren ahorrarse burlas en el camino y en casi todas partes, ellas pondrán a un lado (no quiere decir sobre la oreja) su sombrero a la valaisane".[2]

Pero uno que otro detalle no alteraba la diferencia de los vestidos tanto de los hombres como de las mujeres, y si los individuos aislados no hubiesen podido resistir la imposición del "indumento nacional", por obra del ambiente, la agrupación en colonias les permitió sostenerse en el uso de los trajes europeos sin que el contacto burlesco de los nativos fuese permanente y cercano.

Desde luego que no era cuestión de diferenciarse sino de utilizar por parte de los colonos lo que habían traído y que les resultaba adecuado aun fuera de Europa. El ambiente que creaban con su trabajo —que también fue una forma de irrumpir en la pampa con la agricultura— no les exigía un cambio fundamental de su vestimenta. Entraron con todo lo que era propio de ellos, y gravitaron hasta por su exterioridad que atraía la atención también de aquellos que no tenían por qué hacer mayor hincapié en los

[1] William Mac Cann, ob. cit., páginas 132-133.

[2] Manuel Macchi, ob. cit., página 83, carta del presbítero Cot.

trajes para que resaltase el índice de diferenciación de los nuevos pobladores. "Se les reconocía —dice D'Amicis— por los trajes; llevaban aquellas chaquetas de terciopelo negro, aquellos anchos sombreros, aquellos pañuelos a la cabeza..."

El sol del chiripá argentino se ponía irremediablemnente, mientras avanzaba la época de la subdivisión de la tierra donde se creaban colonias de agricultores. El cambio de vestido, pues, no transparentaba costumbres, sino un fenómeno social, de profundas consecuencias para la nación, que en definitiva daría validez a la aseveración de Sarmiento, "mientras haya chiripá, no habrá ciudadanos", que, de apariencia formal, tenía, no obstante, significación de fondo...

XV. NUEVOS ASIENTOS DE INSTITUCIONES

En 1889 decía Peyret que se fundaban colonias con tanta rapidez que era difícil mantener al día la estadística...; agréguese que generalmente cada una de esas colonias daba lugar a la creación de un pueblo, cuando no originaba una ciudad. En muchos casos simultáneamente con la fundación de la colonia se procedía a dejar trazado el límite del terreno reservado a la futura población urbana o se levantaban también los primeros edificios que ocuparían la administración, el juzgado de paz, la policía, etc. Estas nuevas poblaciones eran asiento de las instituciones republicanas, es decir, que extendían la acción progresista de los gobiernos y permitían a los pobladores satisfacer sus necesidades públicas. Así se curaba el mal del desierto.

Escribiendo sobre los pobladores del campo observaba Sarmiento en *Facundo*: "fáltales la ciudad, el municipio, la asociación íntima y por tanto, fáltales la base de todo desarrollo social...". El elemento criollo, objeto de las preocupaciones de Sarmiento, no actuó en las primeras poblaciones fundadas con inmigrantes participando en las instituciones creadas, sino que el manejo de la cosa pública estuvo a cargo de hombres pertenecientes a la colonia cuando poseían aptitudes más o menos adecuadas para ejercer funciones especiales. Por lo general estos encargados de las tareas administrativas judiciales, municipales o de policía, no abandonaban su trabajo agrícola.

El orden republicano se estableció en algunas colonias menos de acuerdo con la legislación positiva de las provincias, que con arreglo a disposiciones que aconsejaban tomar las circunstancias. Los consejeros municipales se nombraban ya entonces por elección directa citados todos los colonos en reunión especial. Así se procedía en Esperanza y en San Carlos, y según Ma-

nuel Macchi, en San José, Urquiza aprovechó una de sus visitas "para verificar una nueva elección de consejeros municipales en forma más republicana y explícita".

Participaban en igual forma los colonos en la elección de autoridades policiales. Gabarret escribía en 1856, desde Esperanza, al gobernador provisorio de la provincia de Santa Fe: "Hemos citado para el domingo próximo a todos los jefes de familias con el objeto de que cada sección (la francesa y la alemana) nombre dos tenientes alcaldes conforme se sirvió indicarnos V.E."[1]

La vida pública de las colonias abarcaba los intereses vinculados a la escuela y a la iglesia, pues costeaban los pobladores los gastos de educación y sostenían el culto según la religión que profesasen; especialmente los protestantes mantuvieron esa práctica, luego del acrecentamiento del poder económico de la Iglesia católica sostenida por el Estado. En el panorama de los campos colonizados se observa pues que la actividad social de los pobladores creó el ambiente cívico donde arraigaron las instituciones nacionales y provinciales. Los intereses económicos individuales o colectivos que entraron en juego impusieron,desde el principio de las fundaciones, normas de derecho tanto para reglar las transacciones sobre tierras, herramientas, etc., como para ejercer los derechos de participar en la vida pública; ello estaba previsto en los reglamentos de las colonias. En algunas, se llevaba un registro de las ventas de ganado, adelantándose así a proyectos actuales en materia de derecho agrario. Tramitaciones como esas que ordenaban la vida económica y los derechos de propiedad, las necesidades de la educación y del culto, hacían converger hacia el centro poblado los intereses de los agricultores, como una forma de limitación puesta a la influencia de la pampa despoblada donde la vida del hombre estuvo a menudo condicionada al arbitrio del poder o de los caudillos.

Los pueblos fundados empalidecieron en la pampa,sin gente afincada, los usos y costumbres incompatibles con el desarrollo de una sociedad ordenada. Se profundizaba hacia lo que fuera desierto el orden jurídico de la nación, no aún del todo preciso, pero de naturaleza inconfundible como hecho de civilización.

[1] Nota de Adolfo Gabarret, del 7 de julio de 1856,al Gobernador Provisorio Brigadier General don Juan Pablo López. Archivo de Gobierno. Tomo 15, notas varias.

El tiempo que restaba a los agricultores, después de concluidas sus labores, era absorbido por preocupaciones generales que hacían desaparecer aquella realidad que Sarmiento mostraba en *Facundo*, según citáramos. Si antes, en períodos de paz, la sociabilidad del gaucho se manifestaba en la pulpería, luego, la concurrencia a ella sería un incidente aminorado por la fuerza de atracción colectiva, que se conjuga en el desarrollo de los pueblos y en el perfeccionamiento de las instituciones. Un saludable viento cívico agitaba la vida incipiente de las colonias cuando, superados los conflictos que originaban las nacionalidades diversas y al crearse la clase media con descendencia argentina, surgieron los problemas que iban a nuclear en un nuevo partido político a gran parte del pueblo, extendiéndose la eficacia del sistema democrático de gobierno.

XVI. AMPLIACIÓN DE LOS OBJETIVOS POLÍTICOS

Los gobiernos de provincias que recibieron los caudales mayores de inmigrantes ampliaron, por gravitación del fenómeno económico y demográfico que vino aparejado, el panorama general de la actividad de los poderes públicos. En los hechos esencialmente políticos y guerreros pesaron nuevos factores que urgieron la estabilización de los gobiernos y la creación de organismos administrativos de bases regularizadas.

La política constructiva se impuso ante hechos de influencia directa en la vida del pueblo que debieron entrar en la órbita de la vigilancia del Estado de manera especial. Surgieron intereses de gran volumen en la población, de modo que las distintas ramas del derecho profundizaron su aplicación o debieron desarrollarse en armonía con necesidades nuevas. Si la parte administrativa no había aún sobresalido como función de gobierno y sus engranajes permanecieron circunscriptos a elementos secundarios sin mayor trascendencia en la vida de la población, con el avance de los pueblos hacia tierras de dimensiones enormes que antes no producían, con la creación de nuevas industrias para abastecer en escala mayor la demanda de productos, con la construcción de ferrocarriles, puertos, etc., y la derivación consiguiente, se diversificó la vida administrativa, a tal punto que la casi exclusiva preocupación política, apasionada primero contra Rosas, luego contra Urquiza y los conflictos entre la Confederación y Buenos Aires, que dominaran en la vida pública, se integró, dentro de un panorama social distinto, con funciones de actuación urgente de otra índole. Ya no fue posible que gobiernos casi siempre de origen irregular estuviesen de espaldas a la vida circundante constructiva y a los intereses inmediatos del pueblo.

La afluencia de población y de riquezas coadyuvó a precipitar la solución de problemas políticos nacionales y provinciales, como punto fundamental para afrontar la nueva época cuyo desarrollo ya golpeaba a las puertas mismas de los poderes públicos.

Después de Pavón, y con las puertas abiertas del país a la afluencia de inmigrantes, era lógico que a los afanes de la organización política se añadiera el estudio de la legislación que armonisara los intereses de toda la población e impusiera un orden en las relaciones civiles, comerciales y políticas, respetuoso de los principios constitucionales que, en línea general, se consideraban aceptados por todas las provincias. Se crearon nuevos problemas pero no por abstracta concepción dentro de principios modernos, sino por necesidad imperiosa de aplicar esos principios adecuándolos a una realidad ya existente y a un desarrollo social que se manifestaba rotundamente.

El crecimiento demográfico y económico operado en gran escala, y en ascenso la libre penetración de los extranjeros a nuestro territorio impuso la revisión y reforma de nuestro derecho público y privado como problema pendiente. Alberdi previó expresamente estas nuevas circunstancias, completando el estudio de sus *Bases* constitucionales con capítulos encaminados a promover atención sobre asuntos legales que seguirían a la organización política dentro del sistema democrático para las repúblicas sudamericanas. Y no era cuestión de abocarse o no a la resolución de esos nuevos problemas, sino que desde abajo ejercieron urgente presión como hechos de significativa importancia, que demandaban reformas parciales y prontas, preparatorias en cierto grado de la legislación sistematizada en códigos. Todas esas reformas no fueron ilusorias, puesto que teníamos ya población mejorada para la práctica de la República. La vida nacional ya no fue asunto de uno u otro partido, de una u otra tendencia. Se manifestaba también con preponderancia en el trabajo pacífico y productivo agigantándose en el campo y en las ciudades cuyo florecimiento dependía de la estabilidad de las instituciones, del mismo modo que el ingreso de europeos laboriosos dependía de las garantías claras y establemente acordadas tanto para la libertad de las personas como para la seguridad de sus bienes. Había pues que dar formas legales precisas a esas garantías respaldando la vida civil una vez aceptado y puesto en ejercicio el código político.

El fenómeno social novedoso en la existencia de la nación, como la inmigración de masas, cambió ciertos objetivos de las luchas políticas o por lo menos modificó en mucho sus procedimientos encaminándose la nación hacia la paz interna reclamada por el crecimiento o la multiplicación de las actividades económicas, y por las inversiones del capital argentino y del foráneo.

Influyeron para que se lograra la paz interna esas realidades de las que emergieron con vigor las circunstancias necesarias para los planteamientos nuevos en la acción política.

Los recursos que antes eran absorbidos por las guerras civiles debieron ser aplicados también para la estructuración social del organismo nación. Se habló un lenguaje nuevo en las esferas gubernativas, en los partidos políticos, en la prensa, en la calle ciudadana y en el campo. Era el lenguaje de los asuntos que entendió mejor Alberdi en sus *Cartas Quillotanas*, que Sarmiento en las *Ciento y una*, porque el tucumano los había pensado no sólo como medio de lucha contra la tiranía sino primordialmente como programa que haría posible la organización nacional y el comienzo de un período estable y provechoso para el país. En este nuevo período la inmigración fue uno de los puntos fundamentales, por las derivaciones subsiguientes al hecho. Sin tener en cuenta su eficacia como normalizadora de múltiples aspectos de la vida nacional, dejaríamos de comprender el período en que más se han conmovido las estructuras del país. Quizá sea el que menos registre frustraciones en el pensamiento de nuestros estadistas, si bien no en cuanto a lograr una satisfactoria democracia, sí en el terreno de las realizaciones materiales dentro del orden capitalista.

XVII. FORZADA PERMANENCIA DEL GAUCHO

Desde que llegara al país el primer grupo de familias europeas con destino a una colonia agrícola organizada en función de la política subsiguiente a Caseros, ha transcurrido un siglo. La afluencia de inmigrantes y su radicación en el campo hasta 1900 estuvo muy por debajo de las cifras que se esperaron lograr; con todo fue suficiente como para grabar su honda influencia en la modificación de los usos y costumbres del país y en la síntesis antropológica argentina. Pero a despecho de esa realidad que no necesita sino de observación para ser conocida, se insiste, en ciertos sectores, en la puja forzada por hacer que predomine en la conciencia popular un tipo de hombre del campo irremisiblemente sepultado en la historia. Mas debemos reconocer que tal intento de retrotraernos a una figura abstracta del gaucho no es simple especulación lírica: tiene su explicación, pues los ribetes de esa figura son, en otro orden de asuntos, algo así como las puntas de problemas que no se han resuelto desde la época en que se plantearan en el escenario pastoril donde surgieran las acuciosas preocupaciones nacionales.

La pretendida permanencia de ese hombre integrado en los feudos criollos, se explicaría así por la real existencia de irresueltas ecuaciones que se nos transmitieran con las tierras sin dividir y con la preponderancia política de una clase poseedora de latifundios. Los planes de entrega de las tierras públicas a los campesinos que las trabajaran —inmigrantes o criollos— desde su comienzo de realización fueron mezquinos o de lo contrario combativos a favor de intereses oligárquicos. La entrega de tierra fue frenada de inmediato en torno de las primeras colonias agrícolas y la legislación permitió el acaparamiento desmedido por parte de la clase gobernante que venía así a prolongar, con

otras posibilidades, las estructuras no destruidas por quienes combatieron a Rosas y su sistema de raíz hispano-colonial. En torno a las colonias se formaron grandes estancias en las que se mantuvieron las relaciones de producción con preferencia pastoril, y sus costumbres correlativas. De ese medio y de ese tipo de producción nos vienen los elementos sociológicos que han servido para exaltar la figura del gaucho, que como tipo de trascendencia política no sugiere en el pueblo inquietud en torno a los problemas de la tierra... Su trasnochada transfiguración en ente representativo, dislocaría con su fuerza individualista un mejor intento de explicarnos nuestra realidad. Pero esa transfiguración será posible mientras persistan las condiciones heredadas del siglo XIX. Es resabio que nos empuja hacia atrás; hacia la época profundamente contradictoria que abarca incluso la Organización. Durante esta última se estabilizó en el gobierno, con intermitentes trastornos, la oligarquía terrateniente, mientras en el pueblo campesino se formaron sectores dispares: un grupo reducido de propietarios, otro mayor sin tierra. Dentro de éste predominaba como más desvalido el gaucho cuyo destino se resolvió en la coactiva presencia de la estancia. Estancia, gaucho y coacción latifundista son términos difícilmente separables en el pasado. Y en ese extremo reaccionario permaneceríamos con la deformación que acepte la virtualidad general del gaucho como punto de apoyo en la explicación actual del hombre argentino y su proyección en la vida social y política. Sería hablar de un nombre para el latifundio ganadero... El intento, pues, de reavivar ese tipo humano, con ser de suyo absurdo, no está desligado de una concepción social ajena a los intereses progresivos del pueblo, y en especial, del campesino. Es como partir de atrás para no pasar adelante.

Su validez tendría, cuanto más, la significación de un dato remoto para el estudio más preciso del hombre argentino en sus circunstancias actuales, pero agigantar un dato hasta dominar con él todas las premisas necesarias para una conclusión, es una suerte de prepotencia lógica que nos advierte de otras intenciones que subyacen activas y no siempre confesadas. El estancamiento en la elevación del gaucho como representativo del hombre argentino es, en el orden de la distribución de la riqueza, arremanzar un círculo sin salida para los problemas del agro encarados por el hombre de hoy. La figura típica de los feudos caudillescos no encaja en nuestra realidad campesina, ni podría

proyectarse hacia una modificación revolucionaria del derecho agrario y de nuevas técnicas de producción.

La realidad presente, por lo pronto, repulsa a esa recreación ideológica de un tipo desaparecido en tanto se la quiera ubicar en ella, ya que ella no surge. Los escasísimos elementos tradicionales que perduran como consecuencia de su realidad pasada, desfallecen con el predominio ampliado de la cultura ciudadana proyectada hacia el campo. Las conquistas científicas y las aplicaciones técnicas diluyen los contornos de un tipicismo ya avasallado por otros usos, otras costumbres y otras relaciones de producción según el desarrollo expuesto en capítulos anteriores. Sólo en la medida en que fuera frenada la revolución democrática burguesa en el siglo pasado y las proyecciones de esa demora en el presente, es posible sostener los datos con que se construya una teoría del hombre argentino basada en la vida y las costumbres del gaucho. La supervivencia de problemas irresueltos permite aún que gaucho y enorme extensión del territorio bajo el dominio de unos pocos dueños sean ideas que se asocien, por fuerza de la naturaleza de ambas cosas.

En cuanto a las calidades de ese hombre argentino de ilógica permanencia excluyente en la teoría, es de rigor deducir que su neta configuración individualista contradice el concepto moderno del hombre en la sociedad y en los hechos ya producidos en nuestro *corpus* nacional...

ÍNDICE DE PERSONAS

ÍNDICE GENERAL

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de Junio de 1986
en los Talleres Gráficos TALGRAF
Potosí 4471 - Buenos Aires
República Argentina

LA PAMPA SIN GAUCHO, de Gastón Gori, va camino de convertirse en un auténtico clásico de las letras argentinas. A partir de un tratamiento historiográfico nutrido de novedosa y amplia documentación, el autor analiza las profundas modificaciones de los usos y costumbres en el campo argentino como consecuencia de la inmigración y colonización ocurridas en el país durante el siglo pasado.

"Las primeras colonias (de inmigrantes) fueron avanzadas de arados y fusiles —dice el autor— en las regiones naturales del indio o del gaucho. San José, en Entre Ríos, se estableció rodeada por estancias en tierras de las enormes extensiones que poseía Urquiza; los otros campos colonizados en esa provincia eran desierto. En Santa Fe las tierras fiscales comenzaban a pocas leguas de la ciudad, en ellas se fundó Esperanza cerca del Salado. Gessler escribía en 1864 que los campos ubicados a no muchas horas de caballo al norte de ella *no podían ser aprovechados sin peligro de fracasar ni para colonia ni para nada porque quedaban en medio del desierto, sin el amparo de la línea de fronteras.*"

El autor opone así la masa de inmigrantes, "aradora y sufrida", a la "trasnochada transfiguración en ente representativo" del gaucho, como consecuencia de las condiciones heredadas del siglo XIX. Según Gastón Gori la realidad presente anula la recreación ideológica del gaucho como representante del hombre argentino. "Sólo en la medida —concluye— en que fuera frenada la revolución democrática burguesa en el siglo pasado y las proyecciones de esa demora en el presente, es posible sostener los datos con que se construya una teoría del hombre argentino basada en la vida y costumbres del gaucho."

LIBROS DEL TIEMPO NUEVO

Editorial Universitaria de Buenos Aires


UNIVERSITY OF CA., RIVERSIDE LIBRARY
3 1210 00618 1570

